

Selección

TERROR

ADA CORETTI

DESPUES DEL HORROR



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

332 – La hija del bosque, *Ralph Barby*.
333 – El circo del horror, *Adam Surray*.
334 – Con el Demonio no se juega, *Joseph Berna*.
335 – Los colmillos del reptil, *Ralph Barby*.
336 – Hermandad de brujas, *Lou Carrigan*.

ADA CORETTI

DESPUES DEL HORROR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 337
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 22.360 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1979

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

Podía pagarse dinero por no vivir en Wes-Westley, una localidad oscura, lúgubre, casi tenebrosa, situada junto a la costa del norte de Inglaterra.

Sin embargo, Jack Randell había vuelto allí después de haberse hecho millonario en la ciudad. Salió de la localidad diciendo que regresaría para ser el más rico del lugar. Había cumplido su promesa.

Se fue cuando apenas contaba veintitrés años. Regresó a los cincuenta, con una hija de diez, llamada Melissa, de cabellos oscuros, de ojos negros, con un carácter que, según se decía, era tan vivo que pecaba de violento y agresivo.

Jack Randell hizo restaurar la gran casa que se alzaba junto al acantilado, dejándola convertida en un lugar donde todo, por su lujo y fastuosidad, causaba evidente admiración. En verdad, era mucho más de lo que Wes-Westley se merecía.

Paro Jack Randell quiso demostrar a los habitantes de la localidad que había triunfado y que era, sin lugar a dudas, el más rico del lugar. Desde luego, supo demostrarlo con largueza.

Aquel día que, como casi todos, había una bruma intensa junto a la rocosa costa, Melissa estaba en su dormitorio, mirándose al espejo. Sólo tenía diez años, pero se veía ya que iba a ser una muchacha muy guapa. Ante el espejo, la niña alzaba los brazos y engarfiaba sus dedos. Dedos de uñas crecidas, muy crecidas, como las de una diabólica y malvada bruja. Porque era éste el papel que le había correspondido en la obra que iban a representar en el colegio. Y sí, alzaba sus manos, de uñas muy crecidas, crispaba con gesto feroz sus dedos y se reía. La representación tenía que resultar muy bien, muy convincente, estaba segura.

—Melissa.

Se volvió hacia su alto, fuerte y corpulento padre, que había entrado en el dormitorio, sin hacer ruido.

—Hola, padre.

—Vengo a darte un par de noticias —y sabiendo lo que ella iba a opinar al respecto—. No van a gustarte demasiado, pero...

—¿De qué se trata? —la niña había endurecido su bonito rostro y había crispado aquellos dedos de uñas largas, muy largas, que se había dejado crecer para hacer, con toda convicción, el papel de bruja.

—Se trata —dijo Jack Randell— de que, a partir de ahora, Miriam, tu prima, vivirá con nosotros. He estado dándole vueltas al asunto —añadió, sin concederle tiempo a objetar nada— y he llegado a la conclusión de que no está bien que permanezca en un internado. Yo soy su tío, el hermano de su madre, y me siento responsable...

Esperaba que Melissa reaccionara mal. Dado su carácter, era lo lógico, lo normal. A Melissa no había gustado compartir con nadie el cariño de su padre.

Sin embargo, su reacción no fue la esperada. Por el contrario, aunque con el tono muy frío, respondió.

—Me parece razonable.

Había adivinado que su padre, antes o después, pronunciaría tales palabras. Así que se había hecho ya a la idea de tener que convivir con su primita. Idea, por otra parte, que no terminaba de disgustarle, más bien, incluso le complacía en cierto modo, como un juego divertido y casi jocoso. Sabía de antemano que iba a tener a su lado a alguien a quien podría humillar, siempre y cuando se le antojara. Para algo ella iba a ser la dueña de todo y Miriam, su prima, sólo una vulgar intrusa.

—Celebro tu comprensión —dijo Jack Randell, que a pesar de parecer a veces ante su hija un hombre débil, no lo era. No lo era ante ella ni ante nadie.

Seguidamente, se quedaron silenciosos. Melissa estaba a la espera de que su padre siguiera hablando. ¿No le había dicho que tenía que darle dos noticias? Una ya la había dado. Quedaba pendiente la otra.

—En cuanto al otro asunto... —esta vez se detuvo un poco titubeante, tal vez consciente de que ese caso era el más delicado y escabroso que el anterior.

—Dime —la niña le animó a proseguir.

—Como sabes, el otro día murió en un accidente de coche mi mejor amigo y su esposa. El coche dio varias vueltas de campana, se incendió y, desgraciadamente...

—Sí, lo sé —dijo Melissa.

—También sabes —añadió Jack Randell— que ha quedado un hijo. Tiene doce años, se llama Errol y es un magnífico muchacho.

—¿Y bien? —Inquirió la niña, en esta ocasión agresivos y centelleantes sus oscuros ojos—. ¿No irás a decirme que has vuelto a sentirte paternal y que has pensado...?

—Sí, eso es, exactamente —no la había dejado acabar. Bien mirado, era mejor dejar las cosas claras desde el principio. Lo contrario no podía conducirles a nada efectivo—. Quiero que Errol, el hijo de mi mejor amigo, venga a vivir aquí.

—¡No! ¡No! —gritó Melissa, furiosa, excitadísima—. ¡Esto sí que no! ¡Esto no es ningún orfanato!

—Lamento de veras que en esta ocasión no te muestres tolerante—repuso Jack Randell—, pero he reflexionado mucho antes de hablarte, y si lo he hecho ha sido porque mi decisión es ya irrevocable.

—¡No! ¡No! —gritó de nuevo Melissa, y si dejó de crispar los puños con rabia fue porque, de haberlo hecho, se hubiera clavado las largas uñas en las palmas de sus propias manos.

—Si te calmas un poco, y te tomas todo esto con un poco más de serenidad —repuso Jack Randell—, comprenderás, hija, que esta casa es lo suficientemente grande como para que la presencia de Errol no llegue a incomodarte lo más mínimo.

—¡No quiero! ¡No quiero! —exclamó, sin que su furia y su excitación desaparecieran.

—Pues vas a tener que querer, porque Errol está ya en camino. Además, mi deseo es que se quede y que aquí se haga un hombre de provecho. Por lo cual —concluyó— dejarás esta actitud intransigente, que tan poco honor te hace y aceptarás con el respeto que yo te exijo...

—¡Puedes obligarme a aceptarle —barbotó Melissa—, pero nunca exigirme que le trate con respeto! ¡Desde el primer momento tendrá mi más absoluto y rotundo desprecio! ¡Ya lo sabes!

—Con el tiempo, te harás a la idea.

—¡No, eso nunca! —aseguró la niña, pero al poco había de cambiarse, tal vez comprendiendo que no le tocaba otro remedio que ceder y ocultar celosamente todo el despecho y la rabia que le roían por dentro.

En aquel momento se presentó el ama de llaves, diciendo que Miriam acababa de llegar. El coche de línea, que pasaba casualmente a aquella hora por la cercana carretera, la había traído hasta allí.

—Hágala subir —dijo Randell.

—Sí, señor —acató respetuosamente el ama de llaves, una mujer ya muy mayor.

—A ver cómo te portas, hija —las palabras de Jack Randell fueron una advertencia más que otra cosa.

—Ya veremos —dijo Melissa con gesto displicente.

Al poco entraba Miriam en la estancia. Era una niña de unos ocho años, rubia, de ojos azules, muy bonita.

—Tío... —murmuró.

Jack Randell le abrió los brazos y la niña corrió a cobijarse entre ellos. Allí lloró de emoción.

—Me han dicho las monjas que voy a vivir aquí, a tu lado. Me han dicho que quieres ser un segundo padre para mí...

—Sí, Miriam. Dame un beso.

Miriam se los estaba dando ya a docenas.

—Esta es Melissa, tu prima —le presentó Jack Randell, pocos instantes después.

Los ojos de Melissa se habían suavizado bastante. Mucho más de lo que su padre pudiera esperar de ella. Dijo:

—Hola, Miriam —y sin hacer aparentemente ningún esfuerzo—. Bien venida a esta casa.

—Sois todos muy buenos, —y los ojos azules de Miriam aparecieron llenos de conmovidas lágrimas.

* * *

No resultó tan florida, ni mucho menos, la segunda parte.

Llegó Errol.

Era un muchacho de unos doce años, bastante alto para su edad, un poco pálido, muy tímido.

Llegó a la gran casa cuando estaban cenando. Entró en el comedor con pequeños y medrosos pasos. Melissa, de pronto, echó atrás su silla con gran estrépito y exclamó:

—¡A éste le escupo en la cara si no se marcha inmediatamente de aquí! ¡Le escupo! ¡Palabra!

—Recuerda lo que te he dicho...—imponiendo su voluntad, Jack Randell descargó un puñetazo sobre la mesa—. ¡En esta casa se hace lo que yo mando! ¡Ahora y siempre!

Errol se había quedado tan parado, tan cohibido, tan acobardado por el recibimiento de Melissa, que desde luego no esperaba, que permaneció donde estaba, igual que si los pies se le hubieran clavado en el suelo.

—Anda, acércate... —le instó Jack Randell con su mejor sonrisa. Y dirigiéndose al ama de llaves, que estaba allí cerca—: Que sirvan un cubierto más. El niño debe de venir con gana.

—No, no tengo apetito... —tartamudeó Errol.

—Aunque no lo tengas, debes cenar algo —dijo Jack Randell—. No vas a acostarte sin probar bocado, estaría fuera de lugar. ¡Y tú —exclamó, esta vez dirigiéndose única y exclusivamente a su hija— siéntate de nuevo! No acepto insurrecciones.

Melissa obedeció, aunque de pésima gana, y la tensión, al menos de momento, pareció calmarse.

Pero Melissa, en realidad, se había empeñado en dispensar una pésima acogida a Errol. Un acogida de la que no se olvidara mientras viviera. Así, pues, su aparente mansedumbre fue fingida, falsa. Era tan sólo un compás de espera.

Lo cierto es que, a la primera oportunidad, así que Melissa se encontró a solas con Errol, se lanzó rabiosamente sobre él, dándole bofetadas y puntapiés sin miramiento de ninguna clase. Y como el muchacho era tímido y, por lo demás se consideraba allí poco menos que de limosna, no acertó a defenderse. Dejó que la niña se ensañara con él.

Un enseñamiento en el que se deleitó, se regocijó, más bien se embriagó. Fue entonces cuando le derribó al suelo, cayendo sobre él y empezando a arañarle la cara con todas sus fuerzas.

Errol quiso defenderse. Entonces sí quiso hacerlo. Ya no podía soportar más su mansedumbre, su pasividad, el conformarse con aquella rabia que tan lejos estaba de merecer.

Pero ya para entonces, sin saber en realidad lo que hacía, Melissa le había clavado las uñas en los ojos. Le había clavado aquellas uñas que se había dejado crecer tanto para, en la obra que iba a presentar en el colegio, parecer una endiablada, diabólica y auténtica bruja.

Errol gritó de dolor. De terrible y estremecedor dolor. Un grito que llegó hasta el lugar más alejado de la casa.

Melissa se asustó.

Vio entonces, solo entonces, como sus uñas estaban dentro de los ojos de él. Vio, por tanto, que había actuado con incontenible furia, con desquiciada y loca rabia. Temió haber hecho algo en verdad ya irreparable.

No se equivocó.

En absoluto.

Melissa acababa de dejar ciego a Errol para el resto de sus días. ¡Ciego! ¡Ciego!

CAPITULO II

Mientras el coche se dirigía a normal velocidad hacia Wes-Westley, Jean Doone, al volante, prestaba atención a las palabras de su amigo Robert Frager. Unas palabras cuyo significado no terminaba de asimilar debidamente. Lo que le obligó, finalmente, a frenar. Ya entonces, detenidos en la cuneta de la carretera, se volvió hacia su acompañante.

—Veamos, más despacio... Todo esto que me explicas es difícil de entender... ¿Quieres repetirme más poco a poco, o mejor, más detalladamente...?

—Los detalles prefiero dejarlos para más adelante, para que tú mismo los captes. Debe bastarte, por el momento, con lo que ya te he dicho.

—¡Pero si no me has dicho nada! —Protestó Jean Doone—, famoso entre las damas como el detective más alto, atlético y virilmente atractivo de todo Londres—. Sólo me has explicado lo que sucedió hace doce años... Melissa dejó ciego a Errol, y a partir de aquel día...

—...su odio hacia él —añadió Robert Frager— se transformó en amor. Sin duda debido a lo grandes que fueron sus remordimientos por lo que había hecho... Una reacción tal vez algo insólita, pero auténtica. Esto puedo asegurártelo yo, que durante muchos años he sido el administrador de la casa.

—¿Y Errol? —preguntó ahora Jean Doone—. ¿Qué es lo que siente por Melissa?

—Corresponde a su amor. Al principio la rehuía, no quería hablar con ella; pero después, viendo lo sinceros que eran sus remordimientos y lo inmensa que era su pena, la perdonó. Después del perdón, y a través de los años, también el amor hizo mella en su corazón. Hoy día forman una pareja que casi podría calificarse de ideal.

—Pero está de por medio su padre, Jack Randell, según me has dicho, que se opone tajantemente a esa unión.

—Sí, eso mismo —corroboró Robert Frager—. Jack Randell quiere sinceramente al hijo de su mejor amigo, y desea lo mejor del mundo para él. Lo mejor, pero no su hija... A Melissa la reserva para uno de los tres hombres jóvenes más nobles y distinguidos de Wes-Westley. No, no le importa que los tres pretendientes estén arruinados... Para Jack Randell lo único que cuenta es unir a su hija como una familia de categoría, de alcurnia. Es como una obsesión para él desde que regresó a Wes-Westley. Por lo visto no puede olvidar que, de niño, iba poco menos que recogiendo papeles por las calles de la localidad.

—Pero si Melissa es mayor de edad...

—Sí, sí, es ya mayor de edad —dijo Robert Frager—. Aun así, su padre está dispuesto a salirse con la suya como sea.

—¿Qué quieres significar con ese «como sea»? —preguntó Jean Doone—. Lo has dicho con un tono que no me ha gustado en absoluto.

—No he querido decirte nada en particular. Pero sí. sí... —se corrigió a sí mismo—, y por eso te he ido a buscar. Estas próximas semanas no quiero permanecer en aquella casa. Sé que va a ocurrir algo verdaderamente terrible.

—¿No te estará jugando una mala pasada la imaginación? —Se le guaseó un poco—. El asunto no parece al rojo vivo...

—Porque tú, Jean, no conoces a Jack Randell. Es , un hombre de un temperamento incapaz de transigir... Melissa, por su parte, es idéntica a él. En eso estriba lo peligroso del asunto. Ninguno de los dos va a ceder.

—Pues alguno va a tener que hacerlo —apuntó Jean Doone—. No le va a quedar otro remedio.

—Los medios de que se van a valer uno y otro para salir victoriosos me asustan, me estremecen. De antemano siento un mortal escalofrío en la espina dorsal. Por eso le he dicho a Jack Randell que una tía mía está enferma, gravísima, y que tengo forzosamente que ausentarme. Por eso le he dicho, asimismo, que no se preocupe por los trabajos pendientes, los referentes a la administración de la casa, añadiendo que un amigo mío ocupará el puesto mientras yo esté ausente.

—Y ese amigo soy yo, vaya...

—Sí, tú, que eres detective. Porque va a hacer falta un buen detective en aquella casa, de esto puedes estar seguro.

Van a suceder muchas cosas, y pocas agradables.

—¿Qué temes en realidad?

—Habrá muertes... —Robert Frager silabeó las palabras—No sé por qué, pero presiento que así será. Lo doy por hecho...

—Pero ¿quién será el asesino? —Si tanto presentía, también podría, quizá, anticiparle el nombre del asesino.

—Ni la menor idea. Es trabajo para ti.

—Si tus augurios se cumplen, me temo que dicho trabajo vaya a resultarme un poco complicado. Yo a mi vez presumo ahora que voy a tratar con personas muy poco corrientes.

Por descontado, listos, inteligentes, y además, astutos...

—Sí, al menos por lo que se refiere al padre y la hija. Ambos son eso que has dicho, listos, inteligentes y astutos...

Sin duda demasiado...

—Bueno, ya que he aceptado el puesto de administrador y que, por lo tanto, ya estoy metido de lleno en ese trabajo, explícame con qué otras personas voy a verme obligado a tratar. En suma, empieza a decirme quiénes viven bajo el techo de esa casa.

—A parte del servicio... —empezó a decir.

—No, no dejes aparte el servicio —le había interrumpido—. Todos me interesan. Todos vamos a tomar parte y a actuar en la misma obra, ¿no es eso?

—En cierto modo, sí —admitió—. Pues bien, el servicio consta de Peter, el viejo mayordomo; de la nueva ama de llaves, que se llama Paula; de Susan, la doncella, y de Alex, el chófer... De éste —puntualizó— puedes fiarte por

completo. Le conozco de toda la vida. Por mi intervención entró a trabajar a las órdenes de Jack Randell. Alex es una excelente persona, de las mejores que he conocido.

—Siempre es bueno saber que se va a encontrar a alguien en quien poder confiar... Aunque yo tengo por costumbre, por norma, no fiarme de nadie...

—¡Oh! En Alex puedes confiar plenamente —exclamó.

—De acuerdo... De acuerdo... Prosigue, Robert...

—Pues bajo aquel techo —empezó diciendo, como si sólo ahora empezara a enumerar a los personajes de primera fila— viven... Melissa, la hija de Jack Randell, y Errol, de quienes ya te he hablado, refiriéndote lo acaecido en el pasado... Miriam, la sobrina de Jack Randell, y prima de Melissa, una muchacha rubia, bonita, encantadora... Y el propio Jack Randell, al parecer dueño y señor absoluto de la casa y de todos sus habitantes.

—A pesar de lo cual, tú das por sentado que Melissa, que ha heredado su mismo temperamento, se niegue a obedecerle en lo que a su boda se refiere.

—Sí, doy el hecho por sentado.

—¿Y en cuanto a esos crímenes que ya das por cometidos —preguntó Jean Doone— cuando verdaderamente no ha sucedido nada digno de alarmar a nadie...? ¿En qué te basas?

—Te lo he dicho antes. Jack Randell está dispuesto a salirse con la suya, como sea...

—Volvemos al enigmático «como sea», que en realidad no sabes traducirme debidamente.

—Los tres admiradores de Melissa, nobles, distinguidos, están completamente arruinados...

—Eso ya me lo has dicho antes.

—Así, pues, ellos tampoco estarán dispuestos a dejar escapar tan buena presa. Porque Melissa, como muchacha rica, es ciertamente una buena e inmejorable pieza. Mejor no la hay en todo Wes-Westley.

—Pero si Melissa se niega a sus requerimientos, de veras que no acierto a ver qué van a poder hacer en ellos, aunque cuenten con la colaboración del padre. Les veo el pleito perdido.

—Habrá lucha —dijo Robert Frager—. Una lucha sorda, sucia e incluso criminal... si es preciso. Y va a ser preciso a juicio de alguno, estoy convencido de ello. Por eso te he ido a buscar a ti, Jean. En fin, no creo que te haga falta que te cuente nada más de esa casa ni de sus habitantes. Como entrarás allí como nuevo administrador, y como te valorarán ante Jack Randell las mejores referencias y mis más escogidos elogios, todo aparecerá ante tus propios ojos como ante los míos... Entonces podrás percatarte de la realidad, deduciendo por ti mismo. ¡Ah!, sólo me falta decirte una cosa, que ésta sí creo que es de vital importancia... Jack Randell, en la caja fuerte de su despacho, guarda una fortuna en oro...

—¿En oro? —repitió Jean Doone.

—En el Banco dispone de una cuenta corriente que le aporta Dueños

dividendos, pero en su caja fuerte es donde guarda el grueso de su fortuna en oro, sí... En lingotes de oro... Veinte lingotes de oro...

A Jean Doone se le escapó un silbido.

* * *

Al primero que conoció Jean Doone fue al viejo mayordomo. Un hombre de abundante cabello blanco, de aún buena figura, que evidentemente se esforzaba por desempeñar su puesto con la debida dignidad.

Después conoció a la nueva ama de llaves, Paula, que le sorprendió un poco por su edad. Se la imaginaba mucho mayor. Tendría, a lo sumo, unos veintiocho años, si bien llevaba el negro cabello estirado, sujeto en la nuca en un moño sin coquetería, no luciendo, por lo demás, maquillaje ninguno. Estaba claro que se esforzaba por parecer mayor y dar más empaque al puesto que desempeñaba. Desde luego, en cierto modo lo conseguía.

Seguidamente se encontró con Susan, la doncella, de mediana edad, aunque ésta, por el contrario, esforzábase por aparecer joven y atractiva. Ella también, a su manera, conseguía su objetivo. Al primer golpe de vista, nadie le hubiera echado más de treinta y ocho años.

Finalmente, respecto a los componentes del servicio, conoció a Alex, el chófer. Había que reconocerlo, tenía aspecto de buena persona. De persona honrada, sincera y leal. Robert Frager no debía haber exagerado lo más mínimo.

Ya ante los personajes de primera fila, Jean Doone conoció a Miriam, rubia, de ojos azules, con rasgos llenos de suavidad y dulzura. Tenía una figura frágil y delicada.

—Es Jean. Jean Doone, quien ocupará mi puesto mientras yo me veo obligado a estar alejado de aquí —presentó Robert Frager—. Esta es Miriam, la sobrina del señor Randell.

—Encantada.

—Es un verdadero placer...

Se miraron intensamente. Por lo menos, eso le pareció a Robert Frager, aunque él nunca se las había dado de buen psicólogo. A pesar de eso, y contradiciendo este aserto, estaba seguro, completamente seguro, de que dada la personalidad de los moradores de aquella casa, algo horrible y pavoroso iba a suceder...

De ello que ardiera en deseos, una vez hubiera presentado a todos a su amigo Jean Doone, de largarse de allí como alma que persigue el propio diablo.

—Esta es Melissa —dijo Robert poco después.

Ahora sí se impresionó Jean Doone, pues la personalidad de la muchacha no era para menos. Sus ojos negros lanzaban fogonazos, por decirlo de alguna manera. Además, su sonrisa irónica parecía burlarse de quien estaba delante e incluso de quien pudiera hallarse a sus espaldas. Sus manos nunca

permanecían inmóviles. Por lo corriente, crispaba casi de continuo sus dedos.

—Y él es Errol...

Seguía siendo el mismo de años atrás, apocado y tímido. Sólo que ahora, complicando su situación, estaba por delante su ceguera. Su estremecedora ceguera.

—Mucho gusto en conocerle, señor Doone.

Por último, le tocó conocer a Jack Randell, que resultó ser tal y como esperaba. Por algo su amigo le había hablado ya tanto de él.

—Me alegro de que ya esté aquí —tras los saludos, éstas fueron casi las primeras palabras del dueño de la casa—. Mis asuntos no pueden estar desatendidos por mucho tiempo. Pero, bueno, Robert le pondrá al corriente en poco tiempo, y estoy convencido de que usted sabrá desempeñar a plena satisfacción mía...

—Quedará complacido en todo, señor Randell —dijo Jean Doone, sin titubeos de ninguna clase, con absoluta naturalidad.

La casa era espléndida, constaba de planta baja y un piso, con terrazas circundantes asomándose al rocoso acantilado. La fuerza de las olas, al romperse, terminaba por convertirse en algo así como una continua música de fondo, que hubiera costado decir si resultaba romántica o siniestra. Jean Doone optó por el segundo calificativo.

La casa era enorme y había que tener sentido de la orientación para no perderse entre un sinfín de pasillos y sus inaccesibles estancias. El despacho de Robert Frager, actualmente el de Jean Doone, estaba en la planta baja. Su gran ventanal se abría hacia el acantilado, resultando aquél un espectáculo verdaderamente impresionante.

Impresionante, sí, aunque no grato. La bruma, que se pegaba a las rocas, que se hundía en la arena de las pequeñas calas, que se metía entre las aguas, que se incrustaba entre la espuma rompiente de las olas, daban una sensación muy poco acogedora. Mirar aquello y sentir algo parecido al frío, era, desde luego, una reacción inevitable.

—Temo que no vaya a gustarle, señor Doone.

Oyó la voz de la muchacha junto a la puerta del despacho que, por lo visto, había dejado algo entreabierta. Se levantó gentilmente para recibirla.

—¿No le gusta a usted, Miriam? —preguntó.

—En absoluto —reconoció la muchacha, a quien tras un corto titubeo se atrevió a decir—: ¿Puedo pasar? Si es que no le interrumpo...

—Las muchachas bonitas como usted no interrumpen nunca—le sonrió.

—Gracias por el cumplido... —se había ruborizado.

—Parece —repuso Jean Doone, con naturalidad— como si fuera ésta la primera vez que alguien le dice que es bonita.

—Los hombres que vienen a esta casa —reconoció la sobrina de Jack Randell— sólo tienen palabras gentiles para Melissa.

—Demuestran muy poco gusto —aseguró Jean—. Se lo aseguro yo, que entiendo de mujeres... Pero, claro, en cierto modo, me hago cargo de lo que

ha querido decirme. Aquí sólo hay una rica heredera y ésa es la hija de Jack Randell.

—Exactamente.

—Pero conmigo, que conste, ese pequeño detalle no va a notarse. Digo «pequeño detalle» porque para mí el dinero no es lo primordial, ni muchísimo menos.

—Es agradable oírselo decir —sonrió Miriam, con una mirada clara y diáfana en la que daba gusto mirarse.

—Pues queda dicho.

De súbito, Miriam se llevó las manos a la boca. En un gesto de perplejidad, de extrañeza, mezcla a sí mismo de horror y de asco, que resultaba difícil describir con palabras.

Por la otra puerta que tenía la estancia, y que muy silenciosamente se había abierto cosa de medio palmo, aparecía...

¿Qué era en realidad lo que aparecía?

Era algo estrecho, largo, viscoso...

Siguiendo la dirección de la mirada, Jean Doone dirigió hacia allí la suya. Sus ojos no parpadearon siquiera una sola vez, pero había para parpadear, esto cuanto menos.

Ese algo que salía de la puerta, estrecho, largo, viscoso y... ensangrentado, no era otra cosa que un trozo de intestino.

Robert Frager se había despedido hacía cosa de media hora, así que a Jean Doone no se le ocurrió ir a pedirle su opinión al respecto. Aunque era aquélla una circunstancia en la que hacerlo, y más tratándose de un hombre resuelto y decidido como él, hubiera podido parecer absurdo.

Porque la evidencia se imponía. Y si se imponía del modo más pavoroso y espeluznante que puede imaginarse. Porque, en definitiva, si aquello que sobresalía de la puerta no era ni más ni menos que un trozo de intestino humano, huelga decir y comprender que tras aquella puerta debía haber algo para lo que iba a hacer falta tener estómago.

Jean Doone lo tenía, así que fue allí con pasos largos y decididos y abrió la puerta casi de golpe. Como si la quisiera, de una sola vez, tragarse la píldora que le habían puesto delante.

Pero el asesino había querido dárselas de sarcástico, se había regocijado indudablemente en tal idea, así que, en la siguiente habitación no había en realidad nada más.

Y digo que no había nada más, porque no había ciertamente más que la continuación de aquel intestino. Un metro, dos, tres, cuatro... Parecía inacabable, pues cruzaba toda la estancia como una siniestra manguera, como una escalofriante e inmóvil serpiente, y desaparecía tras la otra puerta, asimismo entreabierta, como si en verdad no fuera a tener fin...

Lo tenía. Pudieron verlo, tanto Miriam como Jean, al abrir esta nueva puerta.

Fue entonces cuando Miriam, que aún seguía con las manos junto a la

boca, gritó de espanto. Allí estaba Robert Frager, abierto en canal. Desde mitad del pecho hasta entre piernas, inundado de sangre. Todos sus intestinos habían sido sacados de su sitio, estirándolos y haciéndolos llegar, tras recorrer metros y metros, hasta el despacho del nuevo administrador de la casa.

Aquello era para hacer las maletas y marcharse sin necesidad de pensárselo dos veces. Tal propósito, sin duda, era el que había guiado al asesino. A quien, evidentemente, no debía estar gustándole nada la intervención de Jean Doone. ¿Acaso sospechaba que era un detective privado y que eso de administrador sólo iba a ser una tapadera?

Pero quien fuera que pretendiera tal cosa, demostraba conocer muy poco, más bien nada, a Jean Doone. Debido a su profesión, pero también debido a su propia naturaleza, el peligro le seducía, y los retos, los desafíos, le atraían irresistiblemente. Como un verdadero imán.

Aquello pues no iba a servir para que se espantara y se fuera de allí. Todo lo contrario. De allí ya no le sacaría nadie mientras no descubriera al culpable. Más aún, claro está, tratándose la víctima de su buen amigo Robert Frager. Era no sólo cuestión de pundonor profesional, sino de dejar debidamente vengada la muerte de una persona sincera y hondamente apreciada.

CAPITULO III

Jack Randell había dicho:

—Como no podemos hacer nada mientras no llegue el inspector de policía sigamos adelante con nuestro trabajo —se dirigió a Jean Doone, explicándole —. Bueno, en esta ocasión, más que trabajo propiamente dicho, se trata de... —pero se interrumpió.

Melissa estaba presente y concluyó por él:

—Se trata de llevar a cabo un plan insensato, padre, total y absurdamente insensato, porque yo, te lo he dicho mil veces, no estoy dispuesta a casarme con otro que no sea Errol.

—Tú, Melissa, vendrás conmigo a mi despacho particular —era una orden. Luego se volvió hacia su nuevo administrador—. Usted también.

—A sus órdenes, señor Randell.

—Padre —protestó Melissa—, no quieras llevar tan lejos la comedia... No lo quieras, no vaya a ser que se convierta en un drama —ahora era como si le amenazase, si bien de un modo velado.

—¿Quieres mayor drama, Melissa? —inquirió Jack Randell—, que la muerte de Robert Frager?

—Pero ¿acaso tiene algo que ver la muerte de Robert Frager con lo que tú pretendes respecto a mí...? —Inquirió Melissa—. No le veo puntos de contacto, con franqueza.

—Como sea —dijo Jack Randell— la muerte de mi administrador ha sucedido bajo este techo, y mi pretensión de casarte a ti es aquí, también bajo este mismo techo, donde...

—No conseguirás nada, padre —aseguró Melissa, cuyos ojos refulgían como si fueran auténticas llamas—. De antemano tienes asegurada la derrota.

—Eso se verá a su debido tiempo. Tú, ahora, ven conmigo a mi despacho particular. Allí están ya ellos...

No dijo quiénes eran «ellos». Ni Jean Doone, de momento, supo adivinarlo. Pero no tardaría, claro está, en saber a quiénes se había referido.

Se trataba de Sidney Greene. De Nicolás Karlsson. De Burt Mestor. Pertenecían a las tres familias más distinguidas y refinadas de todo Wes-Westley.

Sidney Greene era moreno, de rostro curtido por el sol, de rasgos muy definidos, de estatura normal. Tendría aproximadamente unos veintisiete años.

Nicolás Karlsson tendría un par menos. Era alto, muy alto, pelirrojo y pecoso. Sonreía con mucha facilidad y parecía tener una gran facilidad de palabra.

Burt Mestor era el mayor, treinta y dos años ya cumplidos. De estatura mediana, sabía comportarse en todo momento con exquisita cortesía. Tenía el cabello muy rubio y los ojos muy claros.

Eran los tres pretendientes de Melissa.

Con uno de ellos, Jack Randell pretendía casarla. No, no le importaba saber que sus familias estaban poco menos que arruinadas. Con tal de juntar su apellido con el de ellos, se sentiría sobradamente compensado.

Ya en la estancia, el despacho particular de Jack Randell, que era asimismo biblioteca, los tres pretendientes se pusieron prestamente en pie ante la presencia del dueño de la casa. En esta ocasión, seguido de Jean Doone y de la propia Melissa.

—Sin duda les ha sorprendido mi llamada... —fue lo que dijo Jack Randell, poco después—, y más aún, al llegar y darse cuenta de que les he llamado conjuntamente.

—Sí, un poco me ha sorprendido —asintió Sidney Greene.

—En efecto —admitió Nicolás Karlsson.

—Desde luego —admitió Burt Mestor.

—Voy a hablarles claro, es mi lema hacerlo... —empezó a decir Jack Randell, tras tomar asiento, luego de haber rogado a los demás que lo hicieran —. Estoy enfermo del corazón y no voy a vivir mucho. He visitado a varios especialistas y todos, ante mi insistencia en saber la verdad, me han dicho lo mismo.

—¡Padre! —exclamó Melissa, que por lo visto no sabía nada de esto, por lo que tales palabras, qué duda cabe, le habían sorprendido e impresionado.

—Sin sentimentalismos inútiles... —y volviéndose de nuevo hacia los admiradores, prosiguió—: Sé que los tres amáis a mi hija, y que los tres deseáis casaros con ella. A mí me complace que así sea, aunque reconozco sinceramente que no tengo favorito... Cualquiera de los tres me satisface... Pero la rebelde de mi hija se niega a aceptar a nadie —les hizo constar— porque cree estar enamorada de Errol...

—¡No lo creo, lo estoy, que no es lo mismo! —exclamó Melissa, poniéndose en pie de un brinco.

—Siéntate de nuevo —le exigió su padre, con una arruga profunda cruzándole la frente—. O mejor... —rectificó— no te sientes aún y abre la caja fuerte...

—¿Para qué he de abrirla? —protestó Melissa, y crispaba los dedos de sus manos como si de garfios se tratara.

—Para enseñarles lo que contiene...

Desde su asiento, un poco retirado de los demás, Jean Doone reparó bien en la expresión de Melissa. Una expresión agresiva, violenta, colérica, muy mal contenida, que le hizo comprender por qué Robert Frager le había hablado en los términos que lo había hecho.

—No quiero abrirla... No quiero... —murmuró Melissa, rechinando los dientes.

—La combinación sólo la sabemos dos personas, tú y yo... —dijo Jack Randell—. Si tú te niegas a abrirla, Melissa, vas a obligarme a que lo haga yo, y a mí la vista empieza a fallarme... —y suavizando un poco su tono—. Anda,

Melissa, no seas rebelde y haz lo que te pido...

—Lo haré —concedió la muchacha—, pero con eso no vas a adelantar nada, te lo digo por delante. Yo soy dueña de mis actos y nadie va a obligarme a hacer nada en contra de mi voluntad.

—Ábrela —insistió.

Melissa se dirigió hacia la caja fuerte y poco después la abría, apareciendo ante los presentes su contenido, veinte lingotes de oro.

Los tres admiradores se quedaron mudos de la sorpresa. Sabían, y lo sabían fijo, que Jack Randell era muy rico, pero nunca creyeron que pudiera serlo tanto.

Habían palidecido intensamente. Sus ojos, por el contrario, brillaban ahora de un modo increíble, inusitado. La desmedida ambición que sentían y no podían disimular, los hacía refulgir de una forma asombrosa.

—Como verán, mi hija cuenta con una buena dote... Además de lo que tengo en el Banco, cuyos intereses me bastan para vivir con toda holgura y comodidades, cuento con esto... Veinte lingotes de oro, de tamaño bastante respetable, ¿no les parece?

A los tres admiradores les parecía que el tamaño de los lingotes era algo más que simplemente aceptable. En cuanto a Jean Doone, que participaba en la escena, estaba pensando que aquello empezaba a arder como una pura brasa.

—Mi hija Melissa lo heredará todo —puntualizó Jack

Randell—, así que todo esto será asimismo para el hombre que se case con ella. Lo hago saber y constar para que uno de ustedes, el que sea, me ayude a que no cometa el irreparable disparate de casarse con un ciego...

—¿Te olvidas, padre —casi rugió Melissa—, que fue por mi culpa que el pobre Errol...? —no acabó la frase.

—Al margen de las culpas, tú te casarás con otro y no con él... —afirmó Jack Randell, rotundo—. Podrás ayudarle y favorecerle todo lo que quieras; eso ha de parecerme muy bien, y además justo. Pero de eso a lo que pretendes...

—Pienso casarme con Errol —y Melissa, adelantando unos pasos, se plantó ante su padre desafiándole.

—¡Viviré lo suficiente para no consentirlo! —exclamó él—. ¡No sería quien soy si no me saliera con la mía!

—¡Y yo no sería tu hija si tú me vencieras!

Tras una pausa en que se miraron como acérrimos enemigos, Jack Randell volvió a dirigirse a aquellos tres admiradores de Melissa, quienes, de un modo irresistible, tenían sus ojos puestos, clavados, en aquellos fascinantes lingotes de oro. ¡Aquellos veinte lingotes de oro que equivalían a una fortuna realmente cuantiosa!

—Así, pues, ya lo saben, el que pierda a mi hija, se pierde esto.

* * *

Melissa se giró de espaldas, desdeñosamente, y se dirigió decididamente hacia la puerta. Había dado por concluida su permanencia allí.

—¿Adónde vas? —inquirió Jack Randell, severo.

—A ver a Errol, debe de estar esperándome —dijo la muchacha, sin detenerse.

—Que yo sepa —puntualizó el dueño de la casa— no te he dado permiso para retirarte.

—Me lo tomo yo, con tu permiso... —ironizó—. Además, ya no me necesitas para nada. ¿O acaso me necesitas también para cerrar la caja fuerte?

—Vete, si quieres —aceptó—, pero no lo olvides; a mí no se me desobedece tan fácilmente. Cuando yo me empeño en algo...

Melissa ya no le oía. Ya se había ido de la estancia, cerrando la puerta tras sus espaldas.

Seguidamente, la muchacha se dirigió hacia la terraza. Era primeros de agosto, hacía mucho calor y sabía que allí encontraría a Errol. Sí, lo' encontraría en la circundante terraza, que se asomaba al acantilado como queriendo acaparar, de una sola vez, toda la estremecedora belleza que palpitaba a su alrededor.

Le encontró junto a la barandilla de mármol. A su lado estaba Paula, el ama de llaves, preguntándole:

—¿Desea que le sirva alguna bebida?

—No, Paula —oyó la respuesta de Errol—, no deseo nada. Gracias de todos modos.

—Lo veo inquieto, por eso me he permitido...

—Sí, estoy algo inquieto —reconoció Errol. Y seguidamente—: Siguen todos reunidos en el despacho del señor Randell, ¿verdad?

—Sí, creo que sí —dijo Paula.

—No, ya no —repuso Melissa, apareciendo ante ellos—. Yo estoy aquí.

La expresión de Errol se había iluminado. No así sus ojos, que no existían. Quizá por eso los párpados permanecían cerrados. Siempre cerrados.

—Me retiro... —el ama de llaves hizo una leve inclinación y se dirigió hacia el interior de la casa.

—Cuéntame, Melissa, ¿cómo ha ido todo? —la voz de Errol había temblado ostensiblemente—. Por favor, no me ocultes nada, por amargo que pueda ser para mí...

—No te tortures, Errol, no ha pasado nada —a continuación le relató lo sucedido, sin añadir ni restar nada—. Total —resumió después— que mi padre les ha hecho saber que está de parte de ellos, y yo les he hecho saber que estoy de parte tuya.

—¿Hasta cuándo, Melissa? —su tono se había hecho dolorido, quejoso—. Sé que esto no puede durar siempre...

—¿Qué quieres? —Protestó Melissa—. ¿Dudas de mi cariño, de mi amor? ¡Oh, Errol, no me lo merezco!

—Esos tres admiradores valen mucho más que yo. Cualquiera de ellos podría hacerte muy feliz. Lo sé, Melissa, y eso me hace sufrir indeciblemente. Yo, por más que te ame, dada mi situación...

—Por favor, Errol, no te pongas en ese plan. ¿No hemos quedado en que vamos a casarnos, antes o después...? Entonces, ¿a qué vienen esos temores? Soy mayor de edad y mi padre no puede obligarme a nada. Además, ya conoces mi carácter, mi manera de ser; no soy fácil de doblegar. Por lo tanto, da por hecho, Errol, que nunca te abandonaré, que jamás dejaré de amarte y que terminaré siendo tu esposa...

—Es maravilloso oírtelo decir, Melissa. Tus palabras suenan a música en mis oídos —a tientas avanzó sus manos, hasta encontrar las de ella, que presionó largamente entre las suyas.

—Hay algo que ignoras —dijo seguidamente Melissa—, algo muy triste, porque yo, a pesar de todo, tú lo sabes bien, quiero mucho a mi padre.

—¿A qué te refieres?

—Está enfermo del corazón. Le queda muy poca vida. Por lo visto, ha visitado a varios especialistas y todos, desgraciadamente, han coincidido en el mismo diagnóstico.

—No tenía la menor idea.

—Ni yo. Dime, Errol —tras una breve pausa, le preguntó—: ¿quién crees tú que ha podido matar a Robert Frager, y por qué...? ¿Qué móvil ha podido guiarle?

—Espero que el inspector de policía consiga averiguarlo. Yo, sinceramente, no acierto ni tan siquiera a adivinarlo. Era lo que menos podía esperarme que le sucediera. Tan excelente persona...

—Sí, lo era —asintió Melissa—. Además, eso de sacarle del vientre todos los intestinos y alargarlos y hacerlos llegar... Resulta horrible, estremecedor...

—Sí, es cierto.

—Además, si han matado a Robert Frager, pueden matarnos a nosotros. ¿No te has detenido a pensar en ello?

—Sí, reconozco que yo también me he detenido a pensar en ello. Mientras desconozcamos el móvil, nosotros también nos hallamos en peligro... En principio, al menos, lo lógico es suponerlo así...

—Pero, ¿qué móvil ha podido llevar al asesino...? ¿No tienes tú, Errol, alguna sospecha? Por pequeña, por mínima que sea, si la tienes, debes dármela...

—Estoy al margen de lo sucedido tanto como puedas estarlo tú. ¿De quién quieres que sospeche...? ¡Oh, ciertamente, todo eso parece una pesadilla!

—Una horrible pesadilla, si, Errol. Y me temo mucho que lo peor empiece ahora.

—¿Qué quieres decir? —y las manos de Errol, que aún estrechaban las de la muchacha, temblaron.

—Quiero decir —puntualizó Melissa— que he visto ambición desmedida, desquiciada, en los ojos de Sidney Greene, en los de Nicolás Karlsson y en

los de Burt Mestor... No, no creo que ninguno de los tres renuncie fácilmente a lo que cree que pueda llegar a ser suyo. Sin embargo —se apresuró a hacer constar Melissa—, algo se me ocurrirá para...

—¿Para qué? —quiso saber Errol, siempre con los párpados cerrados, ahora con menos temblor en sus manos. Y añadió—: si yo pudiera ayudarte en estos momentos...

—Gracias, Errol. Pero, no, no necesito que me ayudes —su tono se había hecho firme, decidido—. Conseguiré quitarme de encima a esos tres admiradores. No sé aún cómo lo haré, pero ten en la absoluta seguridad de que, finalmente, nada se interpondrá en mi camino. En mi camino que es el tuyo, Errol. Porque juntos hemos de ir por la vida, queriéndonos, amándonos, y siendo muy felices.

—Quiero creer que así será, Melissa. De todos modos... —se interrumpió brevemente—, si cambias tus sentimientos hacia mí, si prefieres a otro... ¡Por favor, que no quiero que sea la compasión, ni tan siquiera los remordimientos, los que te unan a mí!

—Me ofenden tus palabras, Errol —le abrazó—. Sabes de sobras que es amor, y amor sincero y leal, el que me lleva hacia ti. Al principio, pudo ser pena o remordimiento o lo que fuera, es posible, no lo sé exactamente... Pero ahora es amor verdadero, te lo juro...

—Te adoro, Melissa. Si no fuera así, no me lo dirías. Bien mirado, no tendrías por qué hacerlo. Eres dueña de tu vida.

—Y mi vida y mi amor son tuyos, Errol. Para siempre, hasta el final de mis días. No lo dudes un solo instante.

CAPITULO IV

Llegó el inspector de policía, pero no acertó a aclarar nada. Formuló muchos interrogatorios, sobre todo a los componentes del servicio. Con Peter, el viejo mayordomo, Paula, la joven ama de llaves, Susan, la doncella, y Alex, el chófer, estuvo dialogando más de una hora.

También interrogó a los demás, por descontado. No dejó a nadie al margen de sus recelos. Ni siquiera a Errol, que por ser ciego parecía lógico descartarle de toda sospecha. En sus condiciones, resultaba imposible llevar a cabo un crimen de tales características, caía por su peso. Pero ni aun así le concedió beligerancia alguna.

Sin embargo, tras los exhaustivos interrogatorios, que claro está se hicieron asimismo extensivos a Miriam, Melissa y Jack Randell, el inspector no acertó a aclarar nada.

Y se marchó de allí sin más, volviendo todo, aparentemente al menos, a su normalidad. Aunque era aquélla una normalidad que erizaba los cabellos. Para eso bastaba recordar el cuerpo del pobre Robert Frager, abierto en canal desde el pecho hasta entre las piernas, inundado en sangre, con todos los intestinos fuera.

Así fueron pasando unos días, en los que Jean Doone se limitó a reafirmarse en su teoría inicial, esto es, en la convicción de que el asesino le había dedicado a él, única y exclusivamente a él, aquella actuación. Con el propósito de asustarle, de espantarle, de aterrorizarle, de hacerle huir de allí a cien por hora. Porque, indudablemente, el asesino había comprendido que Robert Frager le había colocado en su puesto para que se enfrentara a los hechos que iban a producirse y para que, por descontado, actuara en consecuencia.

Pero el asesino no se había salido con la suya. Jean Doone no se había sentido aterrorizado, ni espantado, ni tan siquiera asustado. Ni había huido de allí a cien por hora.

Seguía, pues, en su puesto. Como si nada de todo aquello le atañera directamente. Como si, en realidad, él se hallase al margen de todo lo acaecido y de todo lo que pudiera acaecer.

Así se llegó a aquella mañana brumosa, más brumosa, desde luego, que las anteriores. Pero una mañana muy calurosa, que invitaba a bañarse.

Por eso, sin duda, a Jean Doone no le sorprendió demasiado que Melissa le dijera, a la hora del desayuno:

—A eso de las diez, le espero en la cala. Daremos una vuelta en mi lancha motora.

Dado que Melissa, seguramente, se levantó y se marchó del comedor, el joven detective se quedó sin saber exactamente hacia dónde debía dirigirse.

Le ayudó Miriam, que seguía en la mesa, desayunando:

—La cala a la que se refiere, está muy cerca. Hacia allí... —y le indicó la

zona a través de los cristales del ventanal.

—Le agradezco la información. No lo sabía.

—Aquél es el lugar predilecto de Melissa —le explicó Miriam—. Desde pequeña, lo frecuenta muy a menudo... Es un lugar que la tranquiliza, que la relaja... Cuando vuelve de allí, siempre está mejor, resulta mucho más tratable...

—¿Quiere decirme con esto que el ser tratable no es su fuerte? —indagó.

—Tiene un carácter muy malo, se excita en seguida, se altera con extraordinaria facilidad —dijo Miriam—. Bueno, al menos eso le sucede conmigo. Desde que vivimos juntas, raro es el día que yo no pague sus nervios...

—Pero con Errol debe de ser distinta, ¿verdad? —la repuesta le interesaba; de eso que formulara la pregunta.

—Sí —reconoció Miriam—, con Errol es completamente diferente. Resulta forzoso reconocer que por él siente un amor muy profundo, y que para él guarda lo mejor que hay en ella.

—Los remordimientos, por lo que hizo años atrás...

—¿Lo sabe usted? Sí, sí —convino—, yo creo que hay algo de eso. Fueron tan grandes sus remordimientos, que llegaron a hacérsele insoportables. La única forma de soportarlos fue empezar a amarle, a amarle de verdad. Así pudo jurarle, pocos años después, que sabría compensarle del mal hecho, consagrándole su vida y haciéndole feliz.

—Y Errol le corresponde, por lo que tengo entendido...

—Sí, le perdonó el mal recibido y ahora acepta y corresponde a su amor. Pero en el fondo, comprende que el amor de Melissa es más de lo que él se merece y teme perderla. A pesar de eso, como es bueno, muy bueno, siempre lo ha sido, a menudo dice que si cambia de sentimientos, él se resignará, que no desea que por compasión... Sin embargo, Melissa le ama de verdad, me consta; no es sólo por compasión que se acerca a él.

—Mejor así —repuso Jean Doone, que preguntó a continuación—: ¿Usted también vendrá a dar ese paseo en la lancha motora?

—Melissa no me ha dicho nada —contestó ella—. Cuando no lo ha hecho, es que no estoy invitada. No, no se preocupe por mí —forzó una sonrisa—, estoy ya acostumbrada a que me deje a un lado.

—Lo lamento de veras. Me hubiera gustado hacer el paseo en su compañía.

—Gracias.

—Si de mí dependiera...

—Repito, gracias —y ahora le sonrió de un modo que Jean Doone encontró sencillamente encantador.

Le hubiera gustado seguir con la muchacha en el comedor. Nada hubiera hecho con mayor agrado. Pero faltaban pocos minutos para las diez y debía dirigirse hacia la cala.

Así lo hizo, quedándose un poco sorprendido al llegar a aquel lugar y ver

que allí estaban Sidney Greene, Nicolás Karlsson y Burt Mestor, esto es, los tres admiradores de Melissa Randell.

—Nos ha citado a los tres... —no tardó en decirle Nicolás Karlsson, dando, o al menos queriendo dar la impresión de que no concedía la menor importancia a la circunstancia en sí.

—Sí, a los tres —corroboró Sidney Greene.

—Nos ha escrito una nota —añadió Burt Mestor.

—Aquí la tenemos ya —dijo a su vez el joven y atlético detective privado, viendo aparecer a Melissa con andares resueltos.

Poco después, los cuatro hombres y la muchacha ocupaban el interior de la lancha motora.

Pequeña embarcación que se encargó de poner en marcha y maniobrar la propia muchacha.

El mar se hallaba relativamente calmado, así que resultó fácil acercarse, sin peligro, a las rocas del acantilado. Es lo que hizo.

Y en cierto determinado lugar, donde las rocas dejaban ver, apenas a unos pocos metros, una minúscula playa de finísima arena, allí donde esas mismas rocas cortadas a rajatabla de un solo tajo, fue donde Melissa detuvo finalmente la lancha motora.

—He querido dirigirme a los tres a un mismo tiempo —dijo, y su mirada centelleaba—. Y he querido que también estuviera usted, señor Doone, para que hubiese un testigo imparcial de lo que va a acontecer.

Aunque sin saber exactamente de lo que iba a tratarse, los tres hombres jóvenes, pretendientes de Melissa, se estremecieron. No pudieron evitarlo.

—Se trata, no obstante, de algo sumamente sencillo de explicar... —siguió diciendo Melissa—. Estoy enamorada de Errol, quiero casarme con él, y no tengo la intención de que me separen de él esos lingotes de oro que les enseñó mi padre.

Los tres admiradores no dijeron nada. A ninguno se le ocurrió hacerlo. Ni siquiera a Nicolás Karlsson, que era quien tenía más facilidad de palabra.

Melissa prosiguió:

—¿Manera de evitarlo...? Aquí mismo tienen la respuesta... —y separó una lona, bajo la cual aparecieron alineados aquellos veinte lingotes de oro.

Y antes de que ninguno de los tres admiradores pudiera impedirlo, la muchacha se había colocado a una prudencial distancia de ellos, cogiendo los lingotes uno a uno y arrojándolos al mar.

Lo hizo de una manera rápida, rapidísima, y el mar los engulló.

—¡No...! —exclamó Sidney Greene, sin dar crédito a semejante disparate.

—¡No...! —esta vez fue Burt Mestor quien dejó traslucir todo el pasmo que le dominaba.

—¡No...! —Nicolás Karlsson fue el último en exteriorizar su sentir.

—¡Sí! ¡Sí! —Casi gritó Melissa—. ¡Que se vayan al fondo estos malditos lingotes de oro! No, ahora ya no soy tan buen partido... Así, ya nadie luchará por mí... —y añadió—: yo deseo casarme con Errol, y quiero, por lo demás,

que nadie intente impedirlo.

Jean Doone no había pestañeado siquiera. Parecía como si, en realidad, hubiera esperado algo como lo que acababa de suceder.

Sin embargo, los tres admiradores de Melissa pronto habrían de demostrar que, a pesar de lo que habían contemplado con sus atónitos ojos, ellos no estaban dispuestos a cejar en sus pretensiones.

—El fondo no debe de hallarse a muchos metros... Sé nadar bien y buscaré esos lingotes de oro... Los rescataré para ti, Melissa... No puedo permitir que cometas semejante locura... —fueron las palabras de Sidney Greene, mientras su palidez se había hecho lívida.

—No, seré yo quien los rescataré para ti, Melissa —dijo Burt Mestor— y para el hombre que tú elijas para esposo, que espero que sea yo...

—Seré yo quien dé con el oro, quien lo saque a flote —tampoco Nicolás Karlsson se quedó silencioso.

—Una vez me dijeron —repuso Melissa—, y sé que estaban en lo cierto al así asegurármelo, que aquí no es fácil llegar hasta el fondo. Por ese motivo he elegido precisamente este lugar —y agregó—: El oro se quedará en el fondo para siempre...

—No, eso no... —dijo Nicolás Karlsson—. Eso, no...

—Ya está hecho —repuso Melissa—, y resulta inútil luchar contra lo inevitable. Háganse cargo los tres...

Sin más palabras, volvió a poner en marcha la lancha motora. Y al poco, asimismo, la detenía junto a la cala de donde había salido.

El episodio había acabado de un modo sencillo, natural, como si hubiera carecido de importancia.

* * *

Pero así que Jack Randell, en la terraza de la casa, se enteró de lo que su hija había hecho, se encolerizó, perdiendo completamente el dominio de sus nervios.

—¿Tú has hecho eso? ¿Tú...?

Melissa, al salir de la lancha motora, se había dirigido directamente en busca de Errol, a quien encontró en la terraza en compañía de Miriam. Le dijo sin más:

—Ya nada nos separa, Errol. Todo va a ser ya sencillo para nosotros.

Pero al poco llegó su padre, enterándose de lo que ella había hecho en el lugar más arisco y escarpado del acantilado.

—No puedo creerlo... No puedo creerlo... —musitó Jack Randell, poco después—. Esto tiene que ser una pesadilla, de la que sin duda voy a despertar de un momento a otro...

—No, padre —dijo Melissa—, no es ninguna pesadilla, no vas a despertar. Estás ya despierto... Lo lamento por ti, pero...

No había de continuar la frase. La mano de Jack Randell, dura, fuerte,

contundente; cayó sobre su rostro en una bofetada brutal. Se 1a dio sin importarle los que pudieran estar presentes. Ante sus tres admiradores, ante Errol, ante Miriam y ante Jean Doone.

—Por Dios, pegarle no... —protestó Errol, dando torpemente unos pasos hacia Jack Randell con gesto implorante.

Errol tenía la costumbre de permanecer con los párpados cerrados. Total y absolutamente cerrados. Tanto es así que Jean Doone, receloso de por sí, había pensado más de una vez si sería realmente ciego... Pero en esta ocasión, al oír gritar de dolor a Melissa, ante la bofetada recibida, abrió los párpados. Los abrió de pronto, instintivamente.

Ahora, Jean Doone pudo ver dos pavorosas y estremecedoras concavidades. Allí no había más que dos vacíos horrendos. No, no existían ojos. Por lo visto, tuvieron que quitárselos después de haber quedado allí clavadas, incrustadas, las largas uñas de Melissa. No haberlo hecho de tal modo, posiblemente hubiera significado una infección excesivamente peligrosa.

De la brutal bofetada, que dejó rígidos a todos, sangraron aparatosamente los labios de Melissa. Pero ella se quedó inmóvil, inanimada, como si no se hubiera dado cuenta de lo que sucedía.

En aquel momento se les acercó Paula, el ama de llaves. Se atrevió a inmiscuirse en la conversación dado que, desde luego, Melissa ofrecía un aspecto francamente lamentable.

—Venga conmigo, señorita Melissa... La curaré...

A Melissa le dieron ganas de no hacerle caso, dejando que sus labios sangraran lo que quisieran, dejando que se hincharan lo que les viniera en gusto. Así avergonzaría a su padre. Pero no, a su padre no iba a avergonzarle por eso. Ni aun cayendo muerta hubiera merecido su compasión en aquel momento en que, evidentemente, le había hecho perder el dominio de sus nervios o poco menos, por el hecho de saber que ya no estaban en su poder aquellos veinte lingotes de oro.

—Sí, voy contigo, Paula —se decidió a decir Melissa, pues la boca le hacía mucho daño y además sentía que la sangre le iba resbalando por la barbilla y seguidamente por el cuello.

—No se preocupe usted —oyó mientras se alejaba que Burt Mestor le decía a su padre—, yo recuperaré el oro. Sé nadar y bucear... Para mí resultará sencillo... Pronto volverá a tener lo que es bien suyo...

* * *

Lo intentó aquella misma tarde, cuando el calor se había hecho más agobiante, más sofocante. Se quitó las ropas que llevaba puestas, quedándose con el traje de baño, que a sabiendas se había colocado, y se lanzó al agua.

Para hacerlo, eligió la misma cala desde la que salieron con la lancha motora. Después, nadando a rítmicas brazadas, llegó hasta donde la muchacha

arrojara al agua los lingotes de oro.

Y allí, cerca del minúsculo trozo de playa de arena finísima, donde las rocas del acantilado parecían cortadas a rajatabla de un solo tajo, se sumergió.

Desde luego, sabía bucear perfectamente y pronto dejó varios metros de agua sobre su cuerpo. Relativamente pronto, pues, dio con el fondo. Un fondo cubierto de algas.

Entre las algas, dedujo, estarían los lingotes de oro.

No, no le iba a costar recuperarlos.

Pero al meter las manos entre las algas, notó un contacto extraño, indefinible, y a la vez un dolor muy agudo. Era como si algo le hubiera herido las palmas de las manos y como si por ese algo le entrara la muerte...

¡Qué sensación más insólita, más angustiosa! ¡Qué sensación más sobrecogedora! Cuesta imaginarla.

Se miró las manos y vio unos cortes en sus palmas... Pero, ¿unos cortes tan pequeños podían producirle un dolor tan terriblemente agudo?

Tan agudo y atroz resultó aquel dolor, que poco después lo sintió también en las palmas de sus pies, por lo que optó, sin esperar más, por salir de allí lo antes posible.

Alcanzó la superficie, sacando la cabeza a flote; pero no, el aire no le alivió, no le reanimó en absoluto. Seguía sintiendo un dolor horrendo en sus miembros.

Nadó hacia el lugar del que había salido y, ya allí, en la cala, se puso a gritar. A gritar con todas sus fuerzas. No pudo evitarlo.

A sus gritos llegaron Jack Randell y Jean Doone, éstos los primeros. Luego, Melissa y Miriam. Seguidamente, los componentes del servicio, Alex, el chófer; Paula, el ama de llaves, y Susan, la doncella. También llegó finalmente Errol, guiando sus torpes pasos con un bastón que solía usar en muy contadas ocasiones. En la casa nunca lo usaba, pues la conocía paso a paso y solía defenderse bien sin tener que recurrir a ayudas de esa índole.

Todos ya allí pudieron ver, pues, cómo Burt Mestor se iba poniendo amoratado por instantes. Bueno, todos pudieron verlo menos Errol, que carecía de ojos. Pero el horror de lo que sucedía se palpaba en el ambiente, en el aire, y Errol parecía captarlo.

Sí, Burt Mestor se iba poniendo amoratado por instantes.

Un color que le empezaba en las manos y en los pies y que, de un modo rápido, le invadía brazos y piernas.

Un color amoratado que no tardó en convertirse en negro. Un color negro que evidenciaba a las claras una galopante gangrena. Una gangrena que ya dejaba ver zonas amarillentas, delatando pus...

Burt Mestor se miraba a sí mismo y no podía creerlo. Los demás también le miraban y tampoco podían creerlo. Aquello parecía un puro y auténtico desvarío.

Burt Mestor seguía gritando de dolor. Pero no sólo de dolor, sino de miedo, de espanto, de terror. Comprendía que cuando el color amoratado de

sus piernas, que iba subiendo rápidamente, y cuando el color amoratado de sus brazos, que iba bajando, se unieran, eso significaría su muerte. Ese color, que se hacía casi negro en el acto, convertido en monstruosa gangrena, equivaldría al final de todo.

La seguridad de ello estribaba en el pus, que ya estallaba en sus piernas, en sus brazos, que le convertía, sin esperar a más, en un ser repulsivo y pavoroso.

No se equivocó en sus temores. La gangrena, esa galopante gangrena cuya motivación nadie podía explicarse, acabó con él en pocos, en poquísimos minutos.

Hasta el último instante, Burt Mestor gritó como un poseso.

Luego cayó de bruces contra la arena, con los ojos muy abiertos. Como negándose a cerrarlos para siempre.

Pero no, ya no volvería a abrirlos. Había muerto. Su corazón se había parado para siempre.

Quedó con la boca abierta, desencajada. Como si, a última hora, quisiera explicar a los presentes el porqué de lo que le había sucedido.

CAPITULO V

El inspector de policía tampoco sacó conclusiones dignas de mención, y fue Jean Doone quien creyó llegado el momento de intervenir por su cuenta y riesgo.

No le cabía duda; Burt Mestor, poco antes de aparecer ante ellos en aquellas lamentables circunstancias, había estado en el acantilado donde Melissa arrojó los lingotes de oro. No cabía duda, había estado nadando y buceando por allí.

Así pues, pensó que el mejor lugar para averiguar algo era aquél. Exactamente aquél.

Optó, no obstante, por dirigirse hacia allí sin decir nada a nadie.

Cuantos menos lo supieran, mejor. Eso le ahorraría posibles contrariedades. Porque una cosa resultaba cierta e indudable: el asesino vivía en aquella casa, bajo aquel techo. O por lo menos frecuentaba aquella casa y permanecía a menudo bajo aquel techo.

Se puso un traje de baño y se vistió, seguidamente, como cualquier otro día. Así, al verle, nadie sospecharía de sus verdaderas intenciones.

—¿Va a dar Un paseo? —le preguntó Errol.

Fue el único que, en tal sentido, le dijo algo.

—Sí —contestó Jean Doone—, voy a estirar un poco las piernas.

Llegó a la cala, donde se desprendió de sus ropas y se lanzó al agua resueltamente. Sin vacilar, porque no era hombre al que le gustasen las indecisiones, jamás le habían gustado.

Nadó entre la espesa bruma, pero sin desorientarse. Aún faltaba un buen rato para que el día empezara a declinar. En consecuencia, aún había bastante claridad a su alrededor.

Al llegar al lugar del acantilado, donde antes Melissa arrojara los lingotes de oro, se sumergió en el agua con la misma o mayor destreza de lo que pudiera haberlo hecho Burt Mestor. Pero Jean Doone, experto en tomar precauciones y en no arriesgarse inútilmente, se limitó a observar el fondo y las abundantes algas que lo cubrían.

Pero no, no tocó con sus manos ni puso sus pies sobre aquellas algas gelatinosas, membranosas que, aparentemente al menos, no tenían nada de especial. No obstante, por si acaso, se limitó a observar el panorama.

No vio los lingotes de oro, deduciendo, por descontado, que estarían entre las algas. Aún así, lo dicho, no quiso tocar aquellas plantas acuáticas que, sinceramente, no le inspiraban ninguna confianza.

Nadó hacia la superficie para hacer acopio de oxígeno y volvió a sumergirse. Quería irse de allí habiéndose hecho una idea, lo más exacta posible, de lo que había podido sucederle a Burt Mestor.

Pero esta vez, así que estuvo en el fondo, muy cerca de las rocas que formaban el acantilado, y que allí ofrecían profundas y sinuosas grietas, dio

un respingo. Acababa de notar amarrado su tobillo derecho. Amarrado fuerte e inexorablemente.

Dirigió la mirada hacia su pie, viendo que una cuerda, hecha lazo corredizo, se la había inmovilizado. El otro extremo de la cuerda estaba en poder de su enemigo.

Que era su enemigo, evidentemente, resulta inútil reseñarlo.

Pero, ¿quién era su enemigo?

Jean Doone no hubiera podido decirlo. Cubierto con un equipo completo de inmersión, donde por descontado no faltaba la botella de oxígeno ni los pies de rana, resultaba irreconocible. En primer lugar, porque el traje impermealizable no descubría formas, así que tanto podía tratarse de un hombre como de una mujer. En segundo lugar, porque tampoco el rostro se veía tras los anchos lentes y el tubo por el que aspiraba el oxígeno, y porque, además, indudablemente, ya iba preparado para, si se daba el caso, no ser reconocido.

Jean Doone sacudió la pierna, queriendo desasirse del nudo que la sujetaba, pero resultó inútil. Totalmente inútil por la sencilla y clara razón de que su enemigo había rematado el nudo. Y no sólo eso, ahora estaba enrollando el resto de la cuerda a una roca' que ofrecía un pronunciado saliente.

En conclusión, pues, Jean Doone no iba a tener tiempo de desatar ninguno de aquellos nudos. Ni los que le sujetaban el tobillo ni los que ataban la cuerda al saliente de la roca. Mucho antes de conseguirlo, le faltaría el aire. Era aquélla, pues, una sentencia inmutable.

Con ello contaba su enemigo, por lo que, una vez le dejó atado en tales circunstancias, se alejó varios metros. Desde allí, sin necesidad de más, podría contemplar el final de aquella vida. La vida de alguien que se estaba metiendo más de la cuenta, o tenía la intención de hacerlo, donde nadie le llamaba.

Sin embargo, ese enemigo aún desconocido, indefinible como una extraña sombra, no contaba con la personalidad de Jean Doone, quien era demasiado desconfiado y a la vez demasiado astuto para no haber tomado ciertas precauciones antes de arriesgarse en aquella inmersión, que no podía saber de antemano lo que era capaz de depararle.

Así pues, el joven detective se llevó la mano a la cintura, de donde extrajo un cuchillo. Lo llevaba oculto tras la tela del bañador.

Con el cuchillo, ¡zas!, cortó la cuerda que le sujetaba el tobillo y que, en consecuencia, le privaba de moverse. Quedó libre en escasos segundos.

Eso intranquilizó enormemente a su enemigo que, por lo visto, se lo esperaba todo menos eso. No obstante, tras su indecisión sacó a relucir otro cuchillo.

Pero no, no sería necesario. Jean Doone tendría bastante trabajo con escapar. Había que considerar que uno de los adversarios contaba con un equipo completo de inmersión, pudiendo por tanto permanecer bajo el agua lo

que quisiera, mientras que para el otro, falto de aire, contaban irremediablemente los segundos.

Una diferencia estimable, que había forzosamente que tener en cuenta.

No obstante, a pesar de tales consideraciones, a pesar de lo que era lógico tener en cuenta, Jean Doone se lanzó al ataque. Quería descubrir la identidad de su enemigo, quería verle el rostro. Aquélla era una buena oportunidad, y no quería desperdiciarla.

Su enemigo tembló. Sí, se le vio temblar a través del agua. Comprobó el arrojo de su contrincante y debió pensar que, a pesar de todas sus estimables ventajas, aquel hombre podía resultarle un hueso muy difícil de roer.

Sujetó mejor su cuchillo, dispuesto a recibirle debidamente. Sí, ya le caía encima.

Se entabló una lucha, en la que, desde el primer momento, Jean Doone fue muy superior. Pero era una lucha sumamente desigual en fuerzas, ya que éstas estribaban no sólo en la pericia de maniobrar aquellos cuchillos, sino en el factor tiempo. Y tal factor estaba francamente en contra de Jean Doone.

Por lo que, a pesar de la superioridad del detective, éste se vio precisado, cuando ya estaba a escasos segundos de descubrir la personalidad de su rival, a dejar tal satisfacción para otro momento.

El oxígeno faltaba a sus pulmones, sentía que las sienes le zumbaban y no iba a poder soportar muchos segundos más aquella ya tan prolongada inmersión. Además, su enemigo, aprovechando un instante de vacilación por su parte, se le había escurrido hacia una de aquellas profundas y sinuosas grietas que el acantilado formaba en el fondo, junto a la arena, muy cerca de las algas.

No, ya era tarde para seguir persiguiéndole. Ya era tarde para darle alcance en aquella ocasión. Tenía que abandonar. No le quedaba otro remedio.

Se lanzó hacia arriba, hacia la superficie. Ya con la cabeza fuera del agua aspiró el aire con fruición.

Podía, sí, sumergirse de nuevo. Pero no, durante aquel tiempo, su enemigo habría huido. Seguro que lo había hecho. Todo sería inútil.

Comprendiéndolo así, nadó hacia la cala. Era mejor aceptar los hechos. Hechos que, en esta circunstancia, no le habían sonreído demasiado.

Se vistió, dirigiéndose seguidamente hacia la casa. Desde luego, llevaba la intención de no referir a nadie lo que había pretendido, ni lo que le había sucedido. Ni siquiera a Miriam, una muchacha que encontraba sencillamente encantadora. De quien, por lo demás, no desconfiaba en absoluto.

Pero era mejor callar, silenciar hechos y circunstancias, y seguir en la brecha. Ahora ya no le cabía duda de que el asesino quería eliminarle, quitarle de su camino. Si un botón basta como muestra, la muestra se la había ofrecido ya con toda generosidad.

* * *

Se encontró en el vestíbulo de la casa con Alex, el chófer, fue un encuentro puramente casual, que Jean Doone consideró que no debía dejar pasar por alto. Debía hablarle. Quizá sacara algo en claro. Con intentarlo, no perdía nada.

—¿Me permite unas palabras?

—Las que usted guste, señor Doone —respondió Alex, respetuoso como siempre con todos, sin excepción.

—Venga a mi despacho, si no le importa.

—Lo que usted mande.

—No mando, se lo ruego...

Sonrió Alex, complacido del deferente trato que recibía. En realidad, sólo era el chófer de la familia y no estaba acostumbrado a que los modales hacia él fueran excesivamente escogidos.

—Deseo conversar con usted... —dijo Jean Doone, ya en el despacho, con la puerta cerrada— porque el señor Frager, Robert Frager, me habló de su persona en términos muy elogiosos.

—El señor Frager era muy bueno. Se portó inmejorablemente conmigo. Yo entré a trabajar aquí debido a su intervención —su expresión era sumamente honrada y leal.

—Sí, ya lo sé —repuso Jean Doone—. Dígame, Alex, ¿qué opina usted de lo que le sucedió...?

—¿Al señor Frager?

—Sí...

—Pues yo... yo... —vaciló Alex— no sabría qué decirle. He pensado en ello cientos de veces, pero no acierto a comprender quién ha podido llegar a odiarle de tal modo.

—Ha vacilado mucho al empezar a hablar —repuso Jean Doone, pues la circunstancia no le había pasado por alto, por lo que clavaba su escrutadora y penetrante mirada en el rostro del chófer—. ¿De su vacilación debo deducir algo en particular...?

—Tal vez si —reconoció el sirviente, tras una pausa que, a pesar suyo, se alargó más de lo debido.

—Explíquese, se lo ruego.

—El señor Frager, Robert Frager, solía distinguirme con su confianza. Me trataba de un modo tan cordial que, frecuentemente, yo acababa considerándome más amigo que el chófer de la casa.

—Estoy convencido de ello —convino Jean Doone.

—En una ocasión me habló del señor Randell, Jack Randell...

—¿En qué sentido?

Como sea que le viera vacilar, temió por un momento que Alex se hubiera arrepentido de enfocar el tema. Pero no, estaba decidido a hablar, y lo demostró al continuar así:

—Me explicó cómo hizo fortuna...

—Se refiere a Jack Randell, ¿no es eso? —quiso aclarar, puntualizar, pues

desde luego el tema le resultaba de sumo interés.

—Sí, a él exactamente me estoy refiriendo.

—Dígame... —le animó a proseguir.

—Jack Randell luchó denodadamente por hacer dinero, por triunfar en la vida —refirió Alex—, pero la ciudad resultó dura e implacable para él; la suerte le giraba continuamente la espalda. Aún así, Jack Randell seguía luchando con todas sus fuerzas. Se había jurado a sí mismo que regresaría millonario a Wes-Westley.

—Desde luego lo consiguió —intercaló Jean Doone.

—Sí, evidentemente —asintió Alex—. Lo consiguió plena y absolutamente. Pero, ¿de qué modo...? ¿De qué forma...? ¿A qué precio...? ¿Lo sabe usted, señor Doone?

—Estoy esperando que me lo diga, Alex, pues, por lo visto, usted lo sabe. Será interesante enterarse, convengo en ello.

—Me lo explicó el señor Frager, rogándome, empero, la máxima discreción. Sin embargo, dadas las circunstancias y que usted era su amigo...

—Su mejor amigo —puntualizó Jean Doone.

—Pues dado todo eso, no creo hacer nada indebido explicándole, a mi vez, lo que sé...

—Claro que no. Todo lo contrario. Tal vez consigamos averiguar quién le mató. Porque ese crimen no puede quedar impune.

—Pues bien —siguió diciendo Alex—, cuando el señor Randell estaba ya harto de luchar y fracasar, fue cuando, en Londres, conoció a la madre de Melissa, una joven de unos veinticinco años, no mal parecida, con una gran fortuna personal, a quien, no obstante, nadie se atrevía a llevar hasta el altar...

—¿Los motivos?

—Había permanecido más de diez años en un manicomio, bueno, en una clínica psiquiátrica...

—Prosiga, Alex.

—Jack Randell habló con el padre de aquella joven, ofreciéndose a ser el marido de su hija, asegurándole que a él no le daba miedo el que pudiera o no recaer en su enfermedad. El padre, que era un hombre honrado, le dijo que, según los diagnósticos médicos, había muchas posibilidades de que la enfermedad se agravara nuevamente, pero que si él, tentado por el dinero, por su cuantiosa fortuna, se atrevía a arriesgarse... Jack Randell le aseguró que sí, que estaba dispuesto a lo que fuera. Se casaron y nació Melissa. De momento, todo fue bien, o por lo menos, relativamente bien. Después, ya no... Empezó a desquiciarse y acabó loca, rematadamente loca. Un día se arrojó a la vía del tren cuando el exprés iba a pasar. Murió en el acto, quedando materialmente partida en dos. En fin, ya se lo he explicado. Esto es todo.

—Entonces, Melissa es la hija de una loca. Es esto lo que ha querido decirme, ¿no es cierto?

—Sí —afirmó Alex, que agregó—: Eso hace que si alguna sospecha me inspira alguien, sea ella...

—Pero Melissa parece normal —dijo Jean Doone, aunque en el fondo no muy convencido de sus propias palabras.

—Sí, parece normal —dijo Alex—, aunque su carácter agresivo, violento, a veces hace que yo piense en su madre...

—Le comprendo perfectamente. Bien —resumió Jean Doone—, gracias por la confianza que me ha dispensado. Le quedo muy agradecido.

—Y yo a usted, señor Doone, por honrarme con sus preguntas.

—Será mejor que la conversación quede entre nosotros.

—Por descontado.

—Podría llegar a oídos de los que no les satisfaciera...

—De acuerdo, señor Doone. No se preocupe, seré todo discreción. —Y añadió—: No crea, a menudo tengo miedo. Un miedo extraño, que yo soy el primero en no saber asimilar. Sobre todo desde la muerte del señor Mestor, Burt Mestor... ¡Qué cosa más horrible, más espantosa!

CAPITULO VI

Desde hacía varios días, Jean Doone se dedicaba, así que se lo permitían sus obligaciones como administrador de la casa, a merodear por los alrededores.

Ciertamente, no buscaba nada en particular. Pero sabía que necesitaba dar con algo que le llevara a la primera deducción e iba en pos de ella afanosamente.

Hasta entonces, forzoso es reconocer que todo permanecía en una bruma tan espesa como aquélla, la auténtica, que rodeaba y se extendía a lo largo del acantilado.

Visitó la localidad de Wes-Westley, aunque sin dedicarle demasiada atención. Estaba convencido de que era en la casa de Jack Randell, y en los alrededores de la misma, donde estaba el quid de la cuestión. Donde hallaría el desenlace que buscaba.

Aquel atardecer le daba la impresión de que iba a ser idéntico a esos otros en los que se había alejado de la casa buscando algo, pero sin saber ciertamente qué, regresando sin haber averiguado nada en absoluto.

Esta tarde tampoco le había sucedido nada de particular. No se había encontrado con nadie. Todo seguía, pues, en una inmovilidad que empezaba a ponerle nervioso.

En eso, de un modo que parecía formar parte de un sueño de niños, surgió ante sus ojos, entre la bruma, una pequeña cabaña. Pequeña y vieja, a punto de desmoronarse. Allí, ante su puerta, se hallaba un anciano, encorvado por el peso de sus muchos años y por el peso, sin duda, de sus muchas penas.

Jean Doone no había recorrido, hasta aquel día, aquel trozo del acantilado. Se acercó poco a poco, no queriendo dar importancia a! encuentro. En verdad, quizá no la tuviese. Pero sí iba a tenerla. Un sexto sentido se lo estaba diciendo.

—Buenas tardes —saludó el detective.

—Buenas tardes —respondió el anciano, achicando los ojos para intensificar la fuerza de su mirada.

—No esperaba encontrar a nadie, buen hombre... Creía que no vivía nadie por aquí. Ha sido una sorpresa.

—No, por aquí no vive nadie,, sólo yo... —le aclaró—. Bueno, quiero decir que desde la casa del acantilado a Wes-Westley, sólo está por medio mi cabaña.

—Ya veo, ya veo... —Y Jean Doone preguntó seguidamente—: ¿Vive usted solo?

—Sí —un gesto doloroso cruzó su rostro—, desde que la perdí a ella... Me refiero a mi mujer. Murió hace ya bastantes años y, desde entonces, apenas veo ni hablo con nadie... Tuvimos dos hijos —le informó—, pero se fueron. Los hijos, ya se sabe, cogen su camino...

—Sí, claro. Pero, buen hombre..., ¿de qué vive usted? ¿De qué se sustenta?

—Vivo de lo que puedo —le hizo saber—. Ye fui, de joven, muy buen pescador. Ahora, con los años, todo resulta mucho más penoso, pero aún me voy defendiendo.

—Debe ser duro para usted.

—Sí, muy duro —admitió—, como lo es la misma vida. Porque la vida es muy dura, como el mismo acero. Ya lo averiguará, joven. Pero que tarde mucho en averiguarlo.

—¿Puedo hacer algo por usted? —se ofreció sinceramente Jean Doone—. Me da no sequé verle tan solo...

—Siente compasión, ¿verdad? Gracias, hijo.

Jean Doone le tendió unos billetes.

—Acéptelos, por favor —le dijo—. A mí me sobran y a usted le hacen falta. Así queda mejor repartido.

—Se los acepto... —desaparecieron algunas de las arrugas de su rostro y apareció en sus labios el inicio de una sonrisa—. Veo que me lo ofrece de todo corazón.

—No le quepa la menor duda.

—No es el caso de aquella niña, hace años... —recordó el anciano—. Cuando me ofreció aquel dinero, lo hizo como queriendo comprar mí silencio, como diciéndome más o menos: «Me lo has contado a mí, pero no lo cuentes a nadie más».

—Como comprenderá, no sé a qué está aludiendo —repuso Jean Doone, pero creía que aquello iba a carecer de importancia.

—Aludo —dijo el anciano— a que un día, de eso hace ya más de diez años, vi a una niña en ese pequeño trozo de playa, de arena finísima, que hay no muy lejos de aquí...

Jean Doone, ahora, sintió un interés súbito. No se molestó en disimularlo.

—Cuénteme, cuénteme...

—La vi allí, sentada en la arena —dijo el anciano—. La marea había bajado considerablemente, por lo que puede decirse que parte del acantilado aparecía destapado, desnudo... Lo que horas antes era el fondo, entonces estaba a la vista de cualquiera... Y a la vista se hallaban, pues, una verdadera profusión de algas...

—Siga, por favor.

—Vi las algas, y yo, que soy viejo lobo de mar, le dije a la niña que no las tocara, que eran de una especie poco corriente, venenosas, terriblemente venenosas... Aunque no pasaba nada si la persona que las tocaba no tenía ninguna herida en sus manos... Pero, de tenerla, se mezclaba en seguida el veneno con la sangre y aparecía de inmediato una virulenta y galopante gangrena, ocasionando la muerte en breves minutos...

—Es interesantísimo lo que me cuenta. Prosiga, buen hombre. Soy todo oídos.

—La niña se rió, asegurándome que ella no creía en esas tonterías y que, aunque tuviera alguna herida en las manos, no le importaría tocar las algas. Sin embargo, no se acercó a ellas, prefiriendo, por si acaso, observarlas de lejos... Así hubiera concluido todo, sin duda —agregó el anciano—, a no ser por «Zayo», éste era el nombre del perro que acababa de aparecer por allí. Por lo visto había seguido a su pequeña ama.

Se detuvo el anciano, fatigado posiblemente de tanto hablar, quedando Jean Doone a la espera de que prosiguiera. No tenía prisa. Esperaría lo que fuera preciso. Todo aquello podía ser de vital importancia para el esclarecimiento de los hechos acaecidos y para los que, naturalmente, irían a acaecer, a no tardar mucho.

—«Zayo» llegó junto a su joven ama —continuó el anciano— y se tumbó a su lado, sobre la arena. Sólo entonces se dio cuenta la niña de que su perro tenía herida una de sus patas traseras. Posiblemente se la había herido con alguna rama espinosa, de las que son frecuentes por aquí, entre las rocas. Bueno, el porqué de la herida es lo de menos... Lo que sí tuvo importancia es que la niña, en un arrebato súbito, violento, cogió al perro, lo alzó en el aire y seguidamente lo arrojó contra una de aquellas algas.

—¿Y sucedió...? —inquirió Jean Doone, anhelante ante aquel argumento que resultaba tan apasionante.

—Sucedió —dijo el anciano— que a los pocos segundos de producirse el contacto de la herida con aquella alga, el perro se puso a ladrar lastimeramente. Regresó junto a su ama, pero ya su pata, por instantes, se estaba poniendo amoratada, negra por la gangrena. Una violenta y arrebatada gangrena, que al poco dejó ya notar bajo la piel del animal el color amarillo del pus... Unos minutos después, el perro había muerto. Entonces...

Al ver que se detenía, Jean Doone inquirió de nuevo:

—¿Entonces...?

—La niña hizo un agujero en la arena y lo enterró. Luego se volvió hacia mí y me dijo que tenía razón, que no le había mentido. Después, me preguntó dónde vivía y yo le respondí que aquí, en esta cabaña. La niña, a continuación, se fue corriendo. Supuse que no volvería a verla; pero, sí, la vi al día siguiente. Llegó hasta aquí y me entregó varios billetes. «Los buenos amigos deben ayudarse», me dijo. Después se fue.

—¿Y quién era esa niña? —quiso saber Jean Doone—. ¿De dónde venía? ¿Dónde vivía?

—No lo sé. La encontré casualmente en aquel pequeño trozo de playa.

—Pero le diría su nombre.

—No, no me lo dijo.

—Sin embargo, algo podrá añadir usted; cómo era físicamente, cómo iba vestida...

—Me gustaría satisfacer su curiosidad, señor, pero ya no lo recuerdo. ¡Hace ya tantos años de lo que le he contado! Sólo me acuerdo de una cosa...

—¿Qué cosa?

—Esa niña llevaba largas, muy largas, las uñas de las manos.

* * *

Regresó a la casa con el ceño fruncido. No le había gustado nada enterarse de aquello. Todo se estaba complicando en exceso.

Pero Jean Doone no podía lograr que los hechos se desarrollaran a su antojo, ya que éstos, por sí solos, tenían vida propia. Por lo que llegó pronto a la conclusión de que él debía ir por su camino, a la caza del culpable, cualquiera que éste pudiera ser.

El viejo mayordomo, Peter, le abrió la puerta con la deferencia de siempre, y Susan, la doncella, se le acercó poco después para decirle que el señor Randell estaba preguntando por él.

La ocasión, por tanto, no podía presentársele más propicia para ir directo a lo que, por desgracia, ya no admitía más dilaciones.

Por lo cual, así que el señor Randell le puso al corriente de unos asuntos relacionados con su actual trabajo de administrador de la casa, Jean Doone; sin esperar a más, se permitió preguntarle:

—¿Por qué no ha dicho a la policía toda la verdad, señor Randell? Opino sinceramente que tenía que haberlo hecho.

—¿De qué me está hablando...? —torció el gesto de un modo incontrolado y a la vez iracundo.

Otro que no fuera Jean Doone se hubiera arrepentido de haber hecho tal pregunta.

—Me estoy refiriendo —respondió el joven detective, sin vacilaciones— a la madre de Melissa.

—¿Qué quiere decir...? —barbotó, y su gesto ya no fue simplemente iracundo, sino que se hizo también sombrío y tétrico.

—La madre de Melissa murió loca, y su hija, desgraciadamente, ha podido heredar... No, no quiero que piense que yo dude o recele de ella —se apresuró a hacer constar, para paliar en lo posible su acusación—. No, no quiero que piense eso... Pero Robert Frager ha muerto asesinado, abierto en canal... Burt Mestor, por su parte, ha tenido una muerte horrible, al parecer tan horrible como incomprensible...

—¿Y el que hayan sucedido tales acontecimientos me obliga a poner en conocimiento de la policía...? —su palidez era cadavérica—. No, en absoluto. Mi hija está sana, es normal... Melissa se halla en plenas facultades mentales.

—Pero arrojó al mar veinte lingotes de oro —le recordó, aunque sabía que era innecesario recordárselo—. Quizá, si analizamos bien la circunstancia en sí...

—Melissa quiere casarse con Errol y desea hacerlo a costa de cualquier cosa —era ahora Jack Randell quien defendía el punto de vista de su hija—. Está muy enamorada y...

—Sí, lo comprendo —repuso Jean Doone—, pero creo sinceramente que

se excedió al arrojar al mar aquella fortuna. Y o, de usted, se lo sugiero, la vigilaría...

—¿Vigilarla? ¿Como si fuera capaz de... de...?

—Sí —dijo el detective—, como si fuera capaz de matar, de asesinar. Hágalo, créame, con eso no pierde nada. Se trata de una precaución que, estoy convencido, podemos calificar de innecesaria, pero...

—Bien, haré lo que dice, la vigilaré —Jack Randell agachó la cabeza, abatió el gesto y finalmente admitió lo que, por desgracia, podía ser una desgarradora realidad.

—Gracias.

—Pero, ¿acaso sabe algo más? —se inquietó el dueño de la casa—, ¿Tal vez ha averiguado alguna otra cosa, y eso le ha inducido a hablarme en los términos que lo ha hecho?

—No —mintió Jean Doone, considerando imprescindible hacerlo—. No sé nada más...

—¿Está seguro? —Por lo visto, Jack Randell era el primero en tener mucho miedo al respecto, y ya no se molestaba lo más mínimo en disimularlo.

—Sí, sí, estoy seguro.

—Bueno, si sólo es eso... —se tranquilizó, esforzándose por recomponer su expresión—. Sí, claro, todo será una falsa alarma.

—Pero han habido ya dos muertes. ¿Qué opina usted, señor Randell? Ya que el inspector de policía no acierta a dar con el culpable, esforcémonos nosotros en...

—No desconfío de nadie —aseguró Jack Randell—. De nadie... —Y volviendo a perder los nervios—: ¡Ni siquiera de mi hija Melissa!

* * *

Encontró a Melissa en la terraza, con Errol y Miriam. Sentados en cómodos sillones de mimbre, junto a una mesa baja. En ese momento guardaban silencio.

La doncella, Susan, les estaba sirviendo refrescos, pero lo hacía con cierta lentitud y torpeza, de ello que Paula, el ama de llaves, la recriminase al llegar a la cocina:

—Se pasa el día arreglándose, esforzándose por estar atractiva a cada momento... A este paso, no servirá para su puesto...

—Me afanaré de ahora en adelante, no se preocupe —se disculpó la doncella.

Paula no la miró con condescendencia. Quizá porque ella, que a sus veintiocho años escasos llevaba el cabello estirado y recogido en un moño hecho sin coquetería y que, por lo demás, no utilizaba maquillaje alguno, no podía comprender cómo Susan, a sus cuarenta y pico, porque Susan los tenía ya, pudiera luchar tan denodadamente por aparentar una juventud que

indudablemente había ya quedado atrás para siempre.

—Me afanaré... —repitió la doncella.

—Que así sea.

Pero como no terminaba de fiarse de Susan, el resto de los refrescos los sirvió Paula. No era éste su cometido, como ama de llaves, pero la servidumbre corría a su cargo y no quería que la señorita Melissa pudiera echarle nada en cara.

La verdad es que Melissa la asustaba un poco. Debido a su carácter vivo, vehemente, a veces incluso parecía violento.

Aunque había que reconocer que últimamente parecía más tranquila.

Estuvieron todos juntos en la terraza durante bastante rato, hasta que, finalmente, quedaron solos Errol y Jean Doone. Exactamente lo que éste estaba buscando desde el principio.

—¿Qué sabe usted, Errol, de Melissa...? —se lo preguntó abiertamente.

Si comprobaba que no sabía nada, ya haría marcha atrás. Pero, de buenas a primeras, prefería abordar el tema sin ambages.

Sin embargo fue como si Errol esperara la pregunta ya antes de ser formulada. Por lo que la respuesta surgió de un modo casi súbito.

—Sé que su madre estaba loca —respondió—. Sé que se echó a la vía del tren, muriendo destrozada.

—Pensé que tal vez lo ignoraba... ¿Quién se lo ha explicado? Si no es demasiada indiscreción por mi parte...

—No, no, en absoluto. —Errol aceptaba la situación con naturalidad—. Me lo ha explicado Melissa, ella misma...

—¿Ella misma? —se asombró Jean Doone.

—No tiene secretos para mí. Sería incapaz, a sabiendas, de silenciarme una circunstancia de tal índole. Pero Melissa no ha heredado la mente de su madre —añadió Errol—, sino la de su padre. Yo estoy completamente tranquilo a este respecto.

—Sin embargo, Melissa hizo algo que su padre no hubiera hecho nunca, arrojar al mar veinte lingotes de oro...

—En eso tiene usted razón. Jack Randell no lo hubiera hecho por nada del mundo.

—¿Le dijo que iba a hacerlo? —quiso saber.

—¿Arrojar el oro al mar...? —inquirió—. Sí, sí, me dijo que iba a hacerlo...

—¿Y usted qué le respondió?

—¿Qué quiere que le respondiera? Que era un disparate, que no tenía que hacerlo, que ya encontraríamos otra solución. Pero Melissa es terca, obstinada, y cuando se le mete una idea entre ceja y ceja...

—¿Es así su padre...? —preguntó Jean Doone—. ¿O acaso era así su madre?

—No quiera hacerme dudar de la salud mental de Melissa, señor Doone. —Errol se había puesto algo nervioso—. Yo sé que todo en Melissa es

normal. Así pues, le agradecería a usted...

—Que me callara —concluyó el detective—. Pues bien, no se hable más, me callo ahora mismo. No, no volveré a tocar el tema. Le ruego, por lo demás, que me disculpe...

—No se preocupe, dadas las circunstancias, me hago cargo de que todos estemos un poco temerosos de todos...

Jean Doone le hubiera hecho un par de preguntas más, pero prefirió omitirlas, dejarlas, en todo caso, para una oportunidad mejor. Por otra parte, lo que él verdaderamente deseaba era hablar con la propia Melissa.

Pudo conseguirlo relativamente pronto. La encontró al otro extremo de la ancha, larga y circundante terraza.

—Señorita Melissa...

—Dígame, señor Doone.

Pero le miró de un modo tan rápido y contundente, que fue como si le fulminara sin necesidad de más.

—Esta mañana he estado hablando de usted... —empezó a decir el joven detective, y quedó a ¡a espera de que la muchacha intercalara algo.

—¿Sí...? —se limitó a inquirir.

—Sí —se limitó, a su vez, Jean Doone a asentir.

—¿Con quién, si puede saberse...? —preguntó finalmente Melissa.

—Con un anciano.

—¿Un anciano...?

—Vive en una vieja y destartalada cabaña, no muy lejos de aquí. En su juventud fue pescador.

Melissa torció el mentón.

—¿Y bien...?

—Eso, que hablamos de usted.

—Me extraña, yo no lo recuerdo a él.

—¿Está segura de no recordarlo...?

—Segura.

—El anciano me dijo que se encontraron cierto día en la playa... Fue un encuentro casual, de eso hace ya más de diez años.

—No recuerdo nada.

—Era un día en que la marea había bajado considerablemente, quedando a la vista muchas algas...

Hasta entonces, Melissa sólo había torcido el mentón. Pero llegado este momento, ya no pudo disimular más y enrojeció violentamente. No obstante, había de tardar escasos segundos en asegurar:

—Aquella niña no era yo.

—Era usted, señorita Melissa.

—Imaginaciones suyas...

—No, porque aquella niña, ese día, llevaba muy crecidas las uñas de sus manos... —y Jean Doone agregó—: Sé, por Robert Frager, que usted hizo de bruja en una obra que representaron en el colegio, en la cual le correspondió

ese papel... Para parecerlo mejor, se había dejado crecer las uñas... Fue por aquel entonces, más o menos, cuando su padre le dijo que Errol iba a venir a vivir aquí y sucedió aquello...

—¡Basta! ¡Basta! —Gritó Melissa—. ¿Con qué derecho me recuerda el pasado? ¡Usted es sólo un asalariado de mi padre! ¡Si vuelve a hablarme en estos o parecidos términos, le diré que le despida! —Seguidamente se calmó y dijo—: Yo no era aquella niña que el anciano encontró en la playa... No, no lo era...

—¿Puedo hacerle una pregunta? —no le había inmutado el arrebato de la joven. Tampoco le inmutaba la obstinación en que seguía refugiándose.

—Si sólo es una...

—De pequeña tuvo un perro, ¿no es cierto?

—Sí..., sí... —titubeó Melissa.

—¿Qué nombre le puso?

—¿Y qué importancia puede tener el nombre que le pusiera? —E improvisó—: La verdad es que ya no lo recuerdo.

—Yo se lo diré.

—¿Usted...?

—Sí. Se llamaba «Zayo».

Melissa quedó lívida, demostrando, ya sin lugar a dudas, que ella, en efecto, era aquella niña a la que estaban haciendo referencia.

Pero aquí, entre ambos, acabó la conversación.

No porque ésta no diera más de sí, que ciertamente había tema para coger y dejar, sino porque se oyó gritar a alguien. Una voz de mujer, aguda, estridente, que llegaba desde el salón principal de la casa.

Corrieron hacia allí.

Y ya allí, quedaron con los pies clavados en el suelo, presos del espanto que en sí encerraba aquella escena.

Alex, el chófer, aparecía colgado de la gran lámpara. Una cuerda, alrededor de su cuello, había acabado con su vida. Pero no, ésa era una mera e inicial apreciación. Alex había muerto de una cuchillada. Aún tenía el arma blanca clavada en la espalda, clavada hasta la misma empuñadura.

En aquella posición acababa de encontrarle Susan, la doncella. Era ella la que había gritado.

La sangre, desde la herida proferida en la espalda, había ido cayendo, formando un charco en el suelo. Un charco que había quedado convertido en una figura rara, extraña, que parecía ridícula.

CAPITULO VII

Por las noches abandonaba silenciosamente su dormitorio, descendía la escalera y, poco después, salía de la casa.

Jean Doone estaba convencido de que, si lo hacía así, noche tras noche, llegaría un momento en que terminaría por dar con aquello que le permitiera comprender y asimilar lo que sucedía a su alrededor.

No solía apartarse del acantilado. Si los lingotes de oro estaban allí, por allí, evidentemente, andarían los personajes principales de la historia.

Aquella noche hacía lo mismo que hiciera las anteriores. Iba con discreción de un lugar para el otro, intentando vislumbrar algo entre la oscuridad de la noche y entre esa bruma que ni de noche ni de día abandonaba la costa.

Pero otras noches no vio nada. Esta sí. Una sombra iba hacia la cala. Una sombra que no terminó de definir, por más esfuerzos que hizo por lograrlo.

No obstante, se propuso seguirla, averiguar lo que hacía, lo que pretendía. No sería difícil conseguirlo si procedía con cautela y no le hacía notar su presencia.

Pero la sombra se detuvo antes de llegar a la cala. Se detuvo, exactamente, donde Melissa había arrojado al mar aquellos lingotes de oro. Sobre el acantilado dominaba a la perfección aquel lugar que todos recordaban tan bien.

Jean Doone se acercó un poco más, pues de lo contrario le iba a resultar completamente imposible reconocer a la persona que tenía ante sí.

Y lo dicho, se acercó. Y entonces, sí. Entonces pudo ver de quién se trataba. Se trataba de la propia Melissa.

Llevaba una cesta colgada del brazo y, en el interior de la misma, una media docena de botellas vacías...

Se plantó ante la muchacha, sin más.

—¿Qué significa esto, señorita Melissa?

No esperaba verse descubierta y, por unos instantes, quedó como paralizada, como petrificada. Pero lo cierto es que tardó poco en alzar la cabeza en gesto de desafío, inquiriendo:

—¿Y qué significa que me esté espiando...?

—Paseaba casualmente por aquí.

—No le creo.

—Lo lamento. A pesar de eso, tendrá que explicarme qué hace o pretende hacer, con esas botellas vacías...

Melissa pudo decir que nada, que no pretendía hacer nada. Pero no fue esa su manera de reaccionar, muy al contrario.

—Lo que iba a hacer, y voy a hacer, ¡es esto! —exclamó.

Sin contemplaciones, cogió las botellas y, una a una, golpeándolas contra las rocas, las fue rompiendo. Los trozos fueron cayendo por el acantilado,

yendo a parar al mar, desapareciendo allí entre la espuma de las olas.

—No es la primera vez que lo hago —aclaró Melissa—. ¿Y bien? ¿Qué tiene usted que objetar a esto?

Seguía desafiándole. No importándole ya mucho, o nada, que la hubiera descubierto en aquellos tejemanejes.

—Sé para qué lo hace —dijo Jean Doone.

—Es posible —admitió Melissa—, si es que habló con aquel anciano pescador. ¡Pues bien, sí —alzó la voz, la alzó mucho—, rompo estas botellas para que sus vidrios vayan a parar entre las algas...! De este modo, si alguien intenta llevarse los lingotes de oro, recibirá lo que se merece...

—Por lo que veo, señorita Melissa, no es usted tan desinteresada como me había imaginado. Su amor por Errol no le hace prescindir...

—¿Por qué he de prescindir de ese oro, que es bien mío? —Seguía alzando la voz, cuando era innecesario hacerlo porque estaban muy cerca el uno del otro, apenas a unos metros—. Sólo ha sido un ardid para engañar a unos cuantos tontos.

—Yo de tonto no tengo nada.

—Ni de administrador tampoco.

—Muy sagaz, señorita Melissa.

—Lo suficiente para saber que, aunque me haya sorprendido haciendo esto, en realidad no puede acusarme de nada en concreto. Yo no pido a nadie que vaya a buscar ese oro... ¡Porque, sépalo, van a buscarlo para ellos, no para devolvérselo a mi padre! El primero que lo encontrase sería el primero en quedárselo. Pues si son unos ladrones, que paguen justamente por su pecado.

—¿No es un castigo demasiado horrible para un pecado, pese a todo, tan humano?

—¡Ese oro es mío y quien quiera quitármelo, morirá! —sonó su voz a terrible sentencia.

—Lo sabe de fijo, claro, por lo que le dijo el anciano pescador, y por la experiencia que usted misma, de niña, tuvo con su perro «Zayo», ¿no es eso?

—Sí —admitió—, lo sé de fijo. Quien intente robarme el oro, morirá del mismo modo que murió Burt Mestor.

—Lo que está haciendo es un crimen. Un crimen como cualquier otro...

—Yo me limito a romper las botellas para que se hieran las plantas de las manos y de los pies... No hago otra cosa... Si ellos no bajan, si la ambición no les ciega, no pasa nada, nada... Nada en absoluto... ¿De qué, pues, va a culparme exactamente? De nada, señor Doone. Bien mirado, soy puramente inocente.

—Y a Robert Frager, y a Alex, el chófer, ¿quién los ha matado? ¿También un inocente...? —Y sin dejarle responder—: ¿Y quién quiso acabar conmigo en el fondo del mar, junto a esas algas...?

—Yo no tengo nada que ver con esas muertes, ni con eso que me cuenta de ahogarlo a usted junto a las algas... Ni tengo nada que ver, ni usted puede tener pruebas de ello. Si quiere perder el tiempo, piérdalo buscándolas. Es

todo lo que puedo decirle.

—Mañana, a primera hora, pienso decir a todos que las algas son venenosas y que usted arrojó trozos de vidrio de botellas que usted misma rompió...

—¡Oh, no! Errol no debe enterarse de esto. Se lo he ocultado... —Melissa se había sofocado—. Es la primera vez que le oculto algo. No se lo diga, por favor.

—Lo siento, señorita Melissa. Están en juego varias vidas, y yo no puedo quedarme cruzado de brazos. Si lo hiciera sería tan culpable como usted misma.

—¡Maldito sea, señor Doone!

Lo dijo con tal rabia, con tal arrebato y violencia, que el detective tuvo ya la convicción, la firme convicción, de que Melissa Randell no estaba cuerda.

—¡Maldito sea! —repitió.

—Regresemos —dijo Jean Doone—. Regresemos a la casa. Como comprenderá, no voy a dejarla aquí sola...

—Ya he roto todas las botellas —se rió Melissa, reafirmando ahora la sospecha del detective de que no estaba enteramente en sus cabales—. Sí, podemos regresar. Mi trabajo ha concluido ya.

Por el camino, Jean Doone procuró no distraerse. Se fiaba muy poco de Melissa. Cualquier cosa podía esperarse de ella.

Llegaron sin novedad.

* * *

Apenas se separaron del acantilado fue otra silueta la que se acercó a aquel mismo lugar. Se trataba de Nicolás Karlsson, alto, pelirrojo, con pecas que, de un modo sigiloso, quería llegar hasta allí y apoderarse de los lingotes de oro.

Más o menos lo que hacía unos días había pretendido realizar Burt Mestor. Sólo que él, Nicolás Karlsson, esperaba salir bien de su cometido. Como es lógico, no podía suponer lo que verdaderamente le había sucedido a su rival en pretensiones matrimoniales.

Así pues, poco después, Nicolás Karlsson se sumergía en el agua e iba hacia el fondo, tardando escasos segundos en dar con aquella profusión de pequeñas y grandes algas. Entre las que, forzosamente, tenían que estar los lingotes de oro.

Pero al meter las manos entre las algas notó un contacto indefinible y, a la vez, un dolor agudo. Exactamente como le había sucedido a Burt Mestor.

Era como si algo le hubiera herido las palmas de las manos y como si por ese algo le entrara la muerte... Sí, sí, exactamente como a Burt Mestor.

E igual que él, ¡qué sensación más extraña, más angustiosa! ¡Qué sensación más sobrecogedora!

Se miró las manos, lo mismo que en su momento hiciera Burt Mestor, y vio unos cortes en sus palmas. Pero, ¿unos cortes tan pequeños podían

producir un dolor tan terriblemente agudo?

El mismo dolor sintió, poco después, en la planta de ambos pies, sí, no le tocó otro remedio que optar por salir de allí lo antes posible.

Al salir del agua siguió sintiendo que el dolor crecía en sus miembros. Ahora era ya algo horrendo, insoportable.

Se puso a gritar. Con todas sus fuerzas. No pudo contenerse. Imposible.

Mientras tanto, corrió hacia la casa de Jack Randell, donde unos y otros, ante sus voces, habían salido a ver lo que sucedía.

Pronto lo vieron.

Se hallaban ante el segundo caso...

Nicolás Karlsson se estaba poniendo amoratado por instantes. Un color que empezaba en las manos y en los pies y que, de un modo rápido, le invadía brazos y piernas.

Un color amoratado que apenas tardó en convertirse en negro. Un color negro que a las claras delataba una pavorosa y galopante gangrena. Una gangrena que ya dejaba ver bajo la piel el color amarillento del pus...

Nicolás Karlsson gritaba. Seguía gritando de dolor y de miedo, espanto y terror. Se daba perfecta cuenta de que iba a sucederle lo mismo que a Burt Mestor. Cuando el color amoratado de sus piernas, que iba subiendo, y el de sus brazos, que iba bajando, se unieran, eso significaría inapelablemente la muerte.

Sí, así sería.

Y ya el pus estallaba en sus piernas, en sus brazos, conviniéndolo en un ser repulsivo y pavoroso.

Instantes después caía de bruces. Muerto.

* * *

Jean Doone pensaba hablarle al día siguiente, pero consideró que debía hacerlo en aquel instante.

—Señor Randell.

—Dígame.

—Mientras llega el inspector de policía, ¿puedo hablar con usted un par de minutos? Es importante.

—Sí, puede hablarme —sin embargo, la respuesta fue un tanto brusca.

—De Melissa —puntualizó el detective.

—Me lo estaba viendo venir...

—Es preferible así. De este modo, le resultará menos doloroso lo que tengo que contarle.

—Por lo visto, no es nada bueno... Sí, claro —asintió aquel hombre alto, fuerte, corpulento—, al margen de sus palabras, basta su expresión para comprender que se trata de algo... grave —concluyó con un tono que tembló en sus labios.

—Sí, muy grave —dijo Jean Doone. Y añadió—: Su hija está enferma, no

se halla en su sano juicio... Desgraciadamente, acabo de comprobarlo.

—¿Cómo? —preguntó, ahora casi sin voz—. ¿De qué modo lo ha comprobado...?

Jean Doone le explicó lo que había averiguado, lo que la misma Melissa, al verse al descubierto, le había confesado.

—No puedo creerlo... —pero su abatimiento no podía ser ciertamente más elocuente.

—Pues es cierto. Pregúntele a su hija, si lo juzga conveniente. Yo no tengo ningún inconveniente en que así lo haga.

—No, no es necesario; le creo, señor Doone. En realidad —le confesó, tras una pausa— hace ya años que vivo con el miedo metido en el cuerpo. Como un dardo, como un puñal, como un veneno, ese miedo no me ha dejado vivir tranquilo... Desde que dejó ciego a Errol, cada día que la miro me acuerdo de su madre.

—Me hago cargo.

—Pero me he esforzado, una y otra vez, por engañarme a mí mismo, por convencerme de que aquello fue un lamentable accidente, sólo eso, ¿me comprende?

—Sí, claro que le comprendo, señor Randell. Sin embargo, una vez conscientes, tanto usted como yo, de que su hija Melissa no está completamente sana mentalmente, se hace inevitable ponerla en urgente tratamiento médico.

—¡Oh, ella odia a los doctores, a todos! Apenas los oye mencionar, respinga...

—Aun así, señor Randell, no le queda a usted otra alternativa que imponerse y hacerle comprender...

—A mi hija es muy difícil hacerle comprender nada. Por poco que la haya tratado usted, supongo que ya se habrá dado cuenta.

—Desde luego. Aun así, insisto. De lo contrario, señor Randell, y a pesar mío, me veré en la ineludible obligación de...

—¿De qué, señor Doone?

—De poner en conocimiento del inspector de policía todo lo que sé, que es bastante. Sólo dejaré de hacerlo si usted me asegura, me garantiza, que mañana mismo, sin más tardanza, su hija recibirá la visita de un doctor... Este, sin duda, diagnosticará la conveniencia de ingresarla temporalmente en una clínica psiquiátrica. Entonces, con hacer saber a los demás que las algas del acantilado son venenosas, creo que habremos cumplido, de momento, con el más urgente y primordial cometido...

—De acuerdo, señor Doone. Mañana llamaré al doctor. Le doy mi palabra. A cambio, lo acordado; no diga nada al inspector de policía. En realidad, delatando a Melissa no adelantaríamos nada...

—Es de suponer que no.

Se vieron interrumpidos por la presencia de Melissa. Se plantó ante ambos en una actitud tan fiera y desafiante que su propia actitud reafirmaba por sí

sola las dudas, y no leves por cierto, que ya inspiraba.

—He querido quitarme de en medio a los pretendientes que tenía, ciegos de ambición por mi dinero —exclamó—. ¿Por eso voy a estar loca? ¿Por eso voy a estar como mi madre?

—Hija... —quiso suavizar Jack Randell.

—He hecho lo que he considerado mejor para mí, y eso es todo. No será suficiente para encerrarme en un manicomio, ni lo será tampoco —miró fieramente a Jean Doone— para que el inspector de policía tenga motivos para detenerme. Si usted le cuenta lo que sabe —añadió—, yo le diré que miente, que todo eso es falso, que se lo inventa usted... Y como no tendrá pruebas, no le quedará otro remedio que seguir soportándome. Lo lamento por usted, señor Doone.

—Señorita Melissa —el detective quiso hacerle entrar en razón—, quizá le convenga que d doctor le recete unos sedantes... Sólo se trata de eso, no tiene por qué temer otra cosa. Pero hágase cargo, está usted procediendo de un modo que se excede de...

—¿Lo normal? —Le increpó, llameantes sus oscuros ojos—. ¿Es esto lo que iba a decir?

—Puede ser —admitió—. Empezó arrojando los lingotes de oro al mar. Después, sabiendo que las algas eran terrible e inexorablemente venenosas...

—No quiero que nada se interponga entre Errol y yo —le interrumpió—, y voy a conseguirlo. A las buenas o a las malas.

—Por lo menos, lo está intentando. Está bien claro. Lo que no está tan claro —agregó sarcásticamente Jean Doone— es quién mató a Robert Frager y a Alex...

—Cuando mencione al asesino de esas dos personas, no tiene por qué mirarme de esa forma... —Melissa le fulminaba con la mirada.

—No le miro de ninguna forma especial. Pero ha habido dos asesinatos, ¿verdad? Yo no me los he inventado.

—¿Y tengo que ser yo la culpable por el simple hecho de que mi madre muriera loca? Encuentro que es, con sinceridad, una deducción excesivamente vulgar. Sobre todo tratándose de usted, señor Doone, que tiene fama de ser un detective de categoría.

—¿Detective? —se sorprendió Jack Randell.

—Sí, eso he dicho —asintió Melissa—. ¿Te habías figurado otra cosa, padre? Eres fácil de engañar.

—Robert Frager me dijo... —Jack Randell no terminaba de creérselo; era como si no acabara de entenderlo.

—Te dijo lo que le pareció mejor, y tú le creíste con una ingenuidad asombrosa. En esto he sido yo más lista, padre; en seguida he comprendido que había gato encerrado.

—No puedo negarlo —admitió Jean Doone—, soy detective. Me hizo venir mi amigo Robert Frager, pues ya de antemano presintió que, bajo este techo, iban a ocurrir cosas horribles. Lo que no debía esperarse es que él iba a

ser una de las víctimas.

—¿Robert Frager presintió que...? —Jack Randell se había quedado de una pieza.

—Sí —dijo Jean Doone.

—Pero, ¿qué le haría suponer...?

—¿Qué iba a ser? —Continuó la hija—. Tu intransigencia, padre. Tu empeño en casarme a la fuer/a. Debió enterarse de que ibas a enseñar a mis pretendientes los lingotes de oro y supuso de la desmedida ambición de todos ellos y las consecuencias... Además, me conocía a mí, y sabía de sobras que no soy fácil de doblegar...

CAPITULO VIII

El inspector se había ido tras permanecer en la casa por espacio de más de dos horas. Pero todo había sido en vano; su sagacidad y perspicacia se habían estrellado nuevamente contra todo aquello que sucedía, que desde luego no comprendía.

Era un nuevo caso de súbito y extraño envenenamiento. La autopsia hecha a Burt Mestor así lo certificó. En el caso de Nicolás Karlsson, sin duda se atestiguaría lo mismo. Pero, ¿a qué se debía que tales hechos se produjeran? ¿Y los otros dos crímenes?

El inspector no daba en la diana. No acertaba a adivinar nada. Se veía obligado a rendirse a la evidencia. Quieras que no, se fue de la casa una vez más pues, sin encontrar explicación a aquellos hechos que, uno tras otro, iban enredando cada vez más la madeja.

Jean Doone había permanecido en silencio, mientras el inspector había permanecido allí. Le dejó por entero las riendas del asunto. Sólo cuando el policía se hubo ido, se tomó la libertad de opinar, dirigiéndose a Miriam:

—Va a la deriva. A este paso, no adelantaremos nada. Es lamentable tener que reconocerlo.

—Se trata de un caso tan raro... —pareció disculparle la siempre bonita y encantadora Miriam.

—Eso sí —admitió Jean Doone.

Quien, poco después, reunía en su despacho a Miriam, Melissa, Errol, el señor Randell y a todos los componentes del servicio. Y también a Sidney Greene, el otro admirador de la rica heredera. El que aún quedaba con vida de los tres.

Jean Doone les hizo saber que las algas que había en el fondo del mar, junto al acantilado, donde fueron arrojados los lingotes de oro, eran terriblemente venenosas y que, sin duda debido a ello, había sucedido aquello a Burt Mestor y a Nicolás Karlsson. No les dijo lo de los cristales que estaban allí, entre las algas, por considerarlo, en realidad, innecesario. Bastaba con lo ya dicho y expuesto.

Melissa le miraba con expresión fiera, temiendo que hablara de más. Aunque confiaba en que no lo hiciera, puesto que ya había callado en presencia del inspector de policía.

—Ya están enterados —añadió Jean Doone—. Así pues, si alguien intenta apoderarse de los lingotes de oro, sabe de sobrasa lo que se expone, a lo que se arriesga...

Aclarado ya este punto, de vital importancia para que el caso no se repitiera, Jean Doone quedó de nuevo a solas con Miriam.

—Estoy muy asustada —le confesó la muchacha en esta ocasión—. Cada día más. Mi único consuelo es usted, señor Doone, en quien sinceramente confío.

—Gracias. Desde luego —puntualizó el detective— que le conste que la vigilo a usted, Miriam, con más celo que a cualquier otra persona.

—¿Me vigila? —se estremeció.

—No como presunta culpable, tranquilícese —le sonrió—. He querido decir, simplemente, que su vida me interesa más que ninguna otra...

—Ahora, las gracias debo dárselas yo —se sonrojó un poco.

—No podría perdonarme que una muchacha tan verdaderamente bonita y encantadora como usted...

—Melissa es mucho más guapa que yo.

—No es mi ideal, está muy lejos de serlo. En todos los sentidos, se lo aseguro.

—Si me lo dice con un tono tan convencido...

—Se lo digo y se lo repito. Bueno —concluyó Jean Doone—, no se intranquilice. Estoy pendiente de usted. Además, creo que el asunto está ya llegando a su desenlace.

—¿Desenlace...? —Inquirió Miriam—. ¿He oído bien? Si me da la sensación de que estamos como al principio...

—No, yo he adelantado mucho en mis deducciones. Creo que estoy llegando al final de la calle.

—Que así sea.

Conversaron poco más. En realidad, Jean Doone quería dialogar con los demás. Poco o mucho, según se terciara, pero con todos. Con Peter, el viejo mayordomo. Con Susan, la doncella. Con Paula, el ama de llaves. También con Errol. Sin dejar de hacerlo asimismo con Sidney Greene, el tercer admirador, el que aún quedaba con vida.

Consiguió lo que se proponía; dialogó con todos ellos. Al parecer, eso sí, sin averiguar nada de importancia.

El último con quien estuvo fue con Errol. Al que encontró mucho, muchísimo más agitado que en anteriores ocasiones.

—Señor Doone...

—¿Quiere decirme algo?

Había adivinado que deseaba hablarle.

—Sí —reconoció.

—Dígame.

—Estoy aterrorizado. Si, aterrorizado. Esta es la palabra exacta. Ninguna puede encajar mejor.

—¿Debido a qué...? —preguntó el detective.

—No sabría decírselo. Bueno, sí... —se corrigió a sí mismo—, sí lo sé... Puesto que estoy confesándole lo que siento, no es el momento de andarme por las ramas, ¿no cree usted?

—Naturalmente.

—La verdad es...—pero se detuvo, girando la cabeza a un lado y a otro, como si sus ojos vieran y él quisiera saber si realmente estaban solos—. No hay nadie por aquí, ¿verdad?

—No, nadie —dijo Jean Doone—. Puede hablarme con entera libertad, nadie va a oírnos.

—La verdad es... —repitió Errol— que, a pesar de las pruebas de amor que recibo de Melissa, pruebas constantes, no termino de fiarme de ella. Es como si presintiera, ahora, que su amor por mí es sólo una excusa o algo así, ¿me entiende?

—No del todo —repuso el detective, queriendo que Errol siguiera hablando—. Si me ampliara un poco más...

—Sí, sí —asintió Errol—, Estoy dispuesto a hacerlo. Creo que si me confieso a usted, estaré más seguro.

—Dígame todo lo que sepa.

—No sé nada —aseguró Errol—, sólo eso, lo que ya le he dicho. De Melissa no me fío... Creo que me oculta algo...

—¿Qué cree usted que puede ser eso?

—No lo sé. Quisiera saberlo. Compréndame, soy ciego, me siento indefenso, y ha habido ya dos asesinatos... Además, Burt Mestor y Nicolás Karlsson... Mi situación no tiene nada de tranquilizadora, todo lo contrario...

—Me dijo no hace mucho, si no recuerdo mal, que veía en Melissa una muchacha normal, que no temía por sus facultades mentales...

—Se lo dije, sí —admitió—, pero le mentí. Ya entonces sentía miedo... De ella y de su amor, y de todo lo que se propone...

—¿Qué es lo que se propone? ¿Lo sabe usted?

—No, exactamente. Pero sé que está dispuesta a impedir, como sea, que alguien pueda recuperar esos lingotes de oro... De ello, sin duda, esas dos muertes... Ella debía saber ya que las algas son venenosas... En fin, no sé, estoy hecho un lío. Sólo sé que tengo miedo y que le ruego encarecidamente a usted, señor Doone, que se encargue de mí, que no me pierda de vista. Melissa me ha dicho que es usted detective. Si lo es, no le pido nada extraordinario, ¿no es eso?

—No, en efecto. Cuente conmigo.

—Le quedo muy agradecido.

* * *

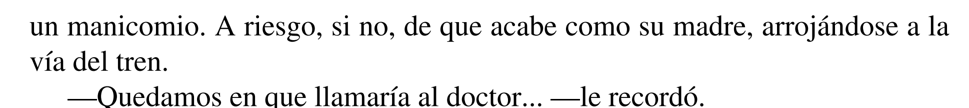
Volvió a hablar con el dueño de la casa, con Jack Randell. Se había olvidado de hacerle una pregunta. Se la hizo ahora:

—Quedamos en que vigilaría a Melissa, señor Randell. Debo suponer que está haciéndolo.

—Debiera hacerlo, pero no... no... —Vaciló ostensiblemente aquel hombre alto, rudo, corpulento, que hasta hacía poco parecía tan seguro de sí mismo— no me atrevo. Se lo confieso abiertamente. Me asusta la idea de descubrir algo horrible.

—¿Horrible? —inquirió Jean Doone.

—Sí, algo que me obligue a ingresar a mi hija para el resto de sus días en


un manicomio. A riesgo, si no, de que acabe como su madre, arrojándose a la vía del tren.

—Quedamos en que llamaría al doctor... —le recordó.

—Sí, si...

—¿Entonces...?

—Me falta el valor preciso. No encuentro fuerzas para imponerme. Todo se está desplomando dentro de mí.

—Le veo más asustado que la última vez.

—No se equivoca. Sí, estoy cada vez más asustado.

—¿Por qué, concretamente...? Me parece que ahora hay algún motivo más...

—Sí, Paula, el ama de llaves... —empezó a decir.

—¿Qué pasa con ella?

—Me ha dicho que hace ya varias noches que oye salir a Melissa de esta casa... Sigilosamente, con todo cuidado, para que nadie la oiga... Dice Paula que la ve perderse entre las rocas de! acantilado... Sabido esto, comprenda usted que...

—¿Podría hablar de nuevo con Paula?

—Claro que sí.

Poco después la tenía ante sí. Con su rostro sin maquillaje y su moño negro hecho sobre la nuca, sin ninguna coquetería.

—¿Por qué no me lo dijo?

—¿El qué, señor Doone?

—Que la señorita Melissa, por las noches... —no consideró oportuno concluir la frase. Ya se habían entendido.

—Debí hacerlo, me hago cargo —admitió ella—. Debí, asimismo, decírselo al inspector de policía. Sí, si... Pero, compréndame usted,, se trata de la señorita Melissa y yo, como asalariada de su padre, me debo ante todo al señor Randell. Por eso he preferido decírselo a él.

—Desde luego, no me atrevo a censurarla. Desde su punto de vista, ha hecho lo que tenía que hacer.

—Me alegra su comprensión.

—Pero, ahora, explíquemelo a mí... Yo quizá asimilaré mejor que el propio señor Randell lo que usted sabe de la señorita Melissa...

—Se va por las noches hacia el acantilado. Sale de aquí, de esta casa, siempre por la puerta trasera, en silencio, con pasos lentos y sigilosos... Tarda mucho en regresar... Esto es todo lo que sé, señor Doone. No, no puedo añadir nada más, porque nada más sé.

—¿No le han dado tentaciones de seguirla y de averiguar qué es lo que va a hacer...? ¿No ha sentido la curiosidad...?

—Sí, sí —admitió—, curiosidad y tentaciones de seguirla, sí he sentido. Pero después de todo lo que está sucediendo, hágase cargo, lo razonable es no moverse de donde una está... Puede resultar excesivamente peligroso.

—¿Sabe usted que la madre de la señorita Melissa murió loca?

—Sí —repuso Paula—, oí en cierta ocasión cómo la propia señorita Melissa se lo confesaba al señorito Errol. Fui un poco indiscreta en aquellos momentos, pues la verdad es que agudicé el oído, lo admito, pero dado el tema... No me juzgue mal, señor Doone, yo me he esforzado siempre por desempeñar mi puesto con competencia y lealtad. Pero el haber tenido una madre loca es algo que se aparta de lo corriente...

—De acuerdo, de acuerdo... ¿Alguna cosa más, Paula?

—No, señor.

CAPITULO IX

Aquella noche iba a ser distinta a las otras. Jean Doone se convenció de ello cuando, ya fuera de la casa, al acecho, vio salir de allí una sombra.

Sólo una sombra. No era nada más entre la oscuridad de la noche.

Pero antes de decidirse a seguirla, se detuvo. Otra sombra seguía a la primera. Y acto seguido, casi de inmediato, una tercera sombra siguió a las dos primeras.

El detective se convenció de lo que había dicho el día antes. Estaban ya al final de la calle o faltaba muy poco para ello.

Sin prisas, no queriendo precipitarse en ningún sentido, empezó a dirigirse hacia donde iban aquellas tres sombras. Desde luego, hacia el acantilado.

De todos modos, al llegar allí, cada una de ellas prefirió esfumarse por un sendero distinto, así que en realidad las perdió de vista. Aunque no muy lejos podían estar. Esto resultaba evidente.

Así las cosas, Jean Doone llegó hasta la cala, donde vio la silueta de la pequeña lancha motora de Melissa. Porque la embarcación era de su exclusiva propiedad. Un regalo de su padre, de eso no haría más de un par de años.

Dando varios pasos hacia adelante vio que alguien estaba allí, sentado en la arena, junto a la embarcación, metiendo sus manos en el interior de la misma y, al parecer, acariciando algo una y otra vez, con obsesiva insistencia.

Se acercó más y, finalmente, pudo comprobar que aquella persona era Errol. Quien menos, en realidad, podía esperarse, por lo menos en buena lógica. A aquellas horas y ciego... Pero, claro, con su bastón, Errol sabía desenvolverse perfectamente por aquellos alrededores. Por algo, desde niño, recorría tales lugares como si de su propia casa se tratara.

—¿Qué hace usted, Errol...?

Sin vacilaciones, Jean Doone se adelantó hacia él. Aunque ya allí, apenas a unos pasos de la embarcación, la pregunta estaba de más. Bastaba la escasa claridad que se colaba del cielo, entre nube y nube, para ver lo que Errol estaba haciendo.

Estaba acariciando los lingotes de oro que se hallaban en el interior de la embarcación.

Al oír la voz del detective y verse descubierto, Errol se sobresaltó enormemente. Pero al instante se puso en pie, sacó a relucir una pistola y exclamó:

—Cuidado con lo que hace, señor Doone, se la juega...

—Usted es quien se la está jugando, y con indudable desventaja. Un hombre ciego, por más pistola que tenga en la mano... —e inquirió seguidamente—. ¿De dónde ha sacado los lingotes de oro? Entre las algas seguro que no...

—No, por descontado —aceptó Errol—, pero eso a usted no le importa.

—Sí, me importa. Tanto es así, que no voy a permitirle que se lleve ese

oro. Porque, indudablemente, es esto lo que pretende, llevárselo...

—Naturalmente —asintió Errol. Y añadió—: Oiga, al primer paso que dé hacia mí, dispararé. Tengo el oído finísimo y no conseguirá abusar de mi inferioridad...

—¿Cómo ha logrado dar con ese oro? —preguntó Jean Doone, quieto en su sitio.

Pero antes de que Errol contestara, apareció allí una de aquellas tres sombras. Una de aquéllas que el detective siguiera desde su salida de la casa.

Se trataba de Jack Randell.

—¿Tú, Errol, con el oró...? —Le increpó el dueño de la casa situada en lo alto del acantilado—. ¿Tú, Errol, de quien yo menos podía desconfiar...?

Había salido de la casa creyendo que seguía a Melissa. La estaba vigilando, según quedaron que haría. Se había decidido a enfrentarse con los hechos, por amargos que éstos pudieran resultarle. Y se encontraba enormemente sorprendido con que allí estaba Errol, con sus lingotes de oro.

—Yo, sí —admitió Errol—. Asombrado, ¿eh?

—Lo estaremos más, sin duda —dijo Jean Doone—, cuando nos explique cómo se las ha arreglado para conseguirlo...

—Del modo más sencillo —a Errol, por lo visto, ya no le importaba poner las cartas boca arriba—. Melissa me dijo lo que iba a hacer: arrojar los lingotes de oro al mar, aquí cerca, donde están las algas venenosas... Yo me las arreglé para poner una red... Entre las grietas de las rocas, no era difícil hacerlo... Así pues, los lingotes no llegaron al fondo, cayeron en la red... Después, con recoger la red, el tesoro era ya mío...

—No quiera hacerme creer, Errol —dijo el detective—, que todo eso lo ha hecho solo. Usted tiene un cómplice o una cómplice... Esto es lo que falta por averiguar.

—¡Usted lo ha dicho! —exclamó una voz de mujer, que no era otra que la de la propia Melissa.

Una Melissa que, desorbitaba la mirada, que sacaba las pupilas de sus órbitas y desencajaba la expresión en un gesto verdaderamente desquiciado. Había aparecido de pronto. Era otra de aquellas tres sombras.

—Y como, yo no soy tu cómplice, Errol, ¿quién lo es entonces...? —Y Melissa agregó—: Presentía que algo sucedía a mis espaldas... Me temía algo, aunque no sabía qué.. Por eso salía cada noche a espiar... Por fin, hoy, he conseguido averiguar la verdad...

—¡Su cómplice soy yo! —exclamó a su vez otra voz de mujer, y compareció, ante ellos Paula, el ama de llaves.

Llevaba una pistola en la mano y se dirigió rectamente hacia la lancha motora, donde se quedó amparando y protegiendo con su arma la dudosa defensa que podía ofrecer Errol.

—¿Tú...? —Los dientes de Melissa rechinaron, dando unos contra los otros—. ¿Tú, traidora.,.?

—Te he odiado tanto, Melissa —dijo Errol—, desde que me dejaste

ciego... Te he odiado tanto, que no sé cómo tanto odio me ha permitido vivir... Pero confiaba en la venganza y eso me ayudaba a respirar, a alentar... Sí, estaba convencido de que, después del horror de tus uñas clavadas en mis ojos, podría llegar mi venganza... Después del horror, la venganza... ¿Y qué mejor y más refinada venganza que quitarte los lingotes de oro, que para ti significaban tamo o más que para tu padre...?

Se detuvo un instante.

Pero en seguida prosiguió:

—Pensaba en esa venganza, pero no daba con la respuesta adecuada. Hasta que entró Paula en esta casa. Entonces, sí... En seguida nos comprendimos, nos entendimos bien, nos compenetramos y lo organizamos todo para poder huir juntos con ese dinero...

Se detuvo de nuevo.

* * *

Esta vez fue la propia Paula la que prosiguió:

—Sin embargo, Robert Frager descubrió nuestros planes. Hablamos más de la cuenta, y él nos oyó. No tuve más remedio que quitármelo de encima. Lo hice de aquel modo —añadió— para asustarle a usted, señor Doone, para que se fuera de esta casa; había comprendido que su presencia podía complicárnoslo todo...

—Ya lo ha visto, Paula, no me asusté —dijo Jean Doone—. Yo no suelo asustarme por tan poco —e ironizó—: es mi costumbre, ¿sabe?

—A Alex, el chófer, le sucedió algo parecido —repuso Paula—. Nos descubrió... Tuve que eliminarle también... Le colgué de la lámpara para ver, de una vez, si le asustaba a usted, señor Doone... No, ya comprobé que no... Es usted obstinado y siguió en la brecha... Lo mejor hubiera sido acabar con usted en el fondo del mar, junto a las algas... Lo intenté, atándole con aquella cuerda... Pero usted había contado con una posible emergencia y llevaba un cuchillo con el que pudo libertarse... Más adelante, hace ya poco, y para que no me molestara más de la cuenta —añadió—, le dije que Melissa salía cada noche por la puerta trasera. Confiaba, pues, que guiado por mis palabras vigilaría sólo esa puerta, mientras yo salía por la otra... Pero usted las vigilaba todas, todas... Esto ha complicado la situación...

—Y ahora —preguntó Jack Randell, ronco el tono, arañada la voz—, ¿qué pretendes hacer, Errol?

—Pondremos en marcha la lancha motora y, dentro de poco, de muy poco, nos encontraremos en un lugar donde...

—...donde ya debe estar esperándonos un helicóptero —prosiguió Paula —, En cuanto despegue del suelo, ya nadie volverá a saber nunca más de nosotros.

—Pero para eso—dijo Jean Doone—, antes han de salir de aquí. Y aquí estamos, ante Errol y usted, Paula, tres personas... Jack Randell que, como

saben, no se va a resignar fácilmente a quedarse sin su oro... Melissa —agregó— que, como asimismo es fácil de comprender, no ha de aceptar a las buenas que se salgan con la suya... Y yo —puntualizó finalmente—, un detective que tiene fama de aclarar y solucionar todos los casos... a mi favor.

—No presuma, señor Doone —repuso Paula—. En mi mano tengo una pistola cargada y dispararé así que lo considere oportuno. Y dispararé a matar, noto dude.

—Palabra que no lo dudo. Sin embargo...

—¿Qué? —inquirió Paula.

—De todas maneras, usted sabe que va a tener que disparar, porque le consta, y no sin razón, que Melissa o el señor Randell...

—Tiene usted razón —dijo Randell—, Yo, por mi parte, prefiero morir antes que consentir que...

—Y yo —agregó Melissa—, cien veces muerta antes que aceptar...

Ninguno de los dos había acabado su frase. Aunque como acabada había quedado.

Paula apretó mejor el arma en su mano. Acababa de comprender que iba a tener que usarla. Quiso, empero, intentar salir de allí sin verse precisada a hacerlo.

—Errol —dijo—, arrastra la lancha hacia la orilla. Un par de metros, más no es preciso. Luego, sube y pon el motor en marcha.... Desapareceremos en seguida de aquí...

—Sí, Paula —asintió Errol, y se dispuso a obedecer sus órdenes.

Para poder hacer fuerza con ambas manos, para empujar mejor, dejó su pistola en el interior de la embarcación.

No obstante, antes de que Errol empezara a deslizar hacia la orilla la lancha motora, Jean Doone se lanzó resueltamente hacia adelante.

Rápida, Paula apretó el gatillo. Pero el detective esquivó la trayectoria del proyectil en un zigzag aún más rápido.

Un segundo disparo de Paula, bien dirigido, salió de su arma.

Pero Jean Doone, desde la arena sobre la que se hallaba, había dado ya una vuelta sobre sí mismo. La bala se perdió, no dio en el blanco, se incrustó en la arena.

De nuevo otro disparo de Paula empeñada en acabar con él. No obstante, el detective, que se las había visto en muchas como aquélla, supo cómo apartarse, aunque por milímetros, de aquel tercer proyectil.

No llegó el cuarto. Para entonces, ya Jean Doone había alcanzado una de las piernas de Paula, cogiéndosela y haciendo que perdiera el equilibrio.

Paula fue a parar sobre la arena, donde se debatió desesperadamente con Jean Doone, no teniendo, por descontado, nada que hacer. Ni que intentar siquiera. Instantes después, vencida, falta de fuerzas, agotada por completo, se veía obligada a soltar el arma y a darlo todo por perdido.

Fue entonces cuando intervino Melissa. Se dirigió resueltamente hacia el arma que hasta entonces permaneciera en manos de Paula, y la recogió. Aún

quedaban varias balas y estaba dispuesta a aprovecharlas.

Que iba a «aprovecharlas», lo supo Errol. No veía nada. Era ciego. Pero lo supo sin necesidad de más. Se puso pálido, lívido, como si estuviera ya muerto.

Pero de momento aún no lo estaba.

Sin embargo, Melissa, sin pérdida de tiempo, llegó hasta la lancha motora, y en consecuencia hasta Errol, acercó el arma al cuerpo de él y, a boca de jarro, apretó el gatillo repetidas veces. Hasta que ya no salieron más balas.

Errol gritó, con varios agujeros en el pecho. Heridas de por sí mortales de necesidad. Bastaba verlas para comprender que no había opción a una posible salvación.

Sin embargo, a Melissa no le bastó con ver aquello. Lo juzgó insuficiente.

Por tanto, buscó la pistola de Errol, la que, para arrastrar mejor la pequeña lancha motora, el propio Errol habla dejado antes en el interior de la misma.

La cogió, volvió a apuntar al pecho del que ya estaba medio moribundo y apretó nuevamente el gatillo. Una, dos, tres veces... Y otra vez, tras una brevísima pausa... Y otra... Hasta que nuevamente quedó totalmente descargada el arma.

Ya para aquel instante, el corazón de Errol había dejado inexorablemente de latir.

Murió dejando abiertos sus párpados. Dejando a la vista de todos los presentes aquellas dos tétricas y pavorosas concavidades, aquellos dos vacíos horrendos.

Después de haber dado muerte a Errol, Melissa retrocedió unos pasos. Luego se echó a reír.

Se echó a reír como una loca. Como una verdadera loca. Como lo que ya era y sería, hasta el resto de sus días.

Sus risas estremecedoras se mezclaron con el rumor de las olas al romperse contra las rocas del acantilado.

Podían más sus risas. Eran más fuertes. Más estridentes. Tenían más fuerza.

Tenían la fuerza de la demencia.

CAPITULO X

—Todo ha concluido ya —dijo Miriam—. Desde luego, ¡amento que ¡a casa se vaya a quedar sin administrador.

—Por descontado —contestó Jean Doone—, yo no serviría para un empleo así. Me moriría de aburrimiento.

—No irá a decirme que ha estado aburriéndose estos días. Nada más lejos del aburrimiento, digo yo...

—Tampoco pienso aburrirme de ahora en adelante. Por muchas razones. La primera, porque voy a casarme... —y sonrió a la muchacha tan significativamente, que en realidad no hacía falta decir ya nada más.

Pero la muchacha quiso que lo dijera.

—¿Ah, sí? ¿Con quién...? —preguntó.

—Contigo, claro —se rió el detective—. ¿Te parece una mala idea? Si te lo parece, dímelo.

—Con franqueza, me parece una idea estupenda.

Ahora sí que ya no hablaron más.

Prefirieron besarse.

FIN